

José Monegal

CUENTOS DE MILICOS Y MATREROS

CUENTOS DE MILICOS Y MATREROS
11

JOSE MONEGAL

CUENTOS DE MILICOS Y MATREROS

Selección y prólogo de:
Pablo Rocca



lectores de banda oriental

Carátula:
Cuadro del autor

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL
Gaboto 1582 - Montevideo - 11.200
Tel. 48 32 06 - Fax 49 81 38
Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en el Uruguay - 1993

PROLOGO

I

Hay una familia de narradores rioplatenses fundada a principios de este siglo, cuando, por mandato del mercado, la prensa periódica y las revistas transformaron al cuento en una mercancía, en un "producto" literario. Aunque frágiles y poco rendidoras, las reglas de ese nuevo intercambio del capitalismo novecentista condicionaron el sistema creativo de nuestros principales escritores. Para el periodismo y las revistas de "actualidades" nacieron unas 150 narraciones cortas de Horacio Quiroga, siempre *"incitado por la economía"* —como le dice a su compadre Ezequiel Martínez Estrada— [1]. Javier de Viana, en estos menesteres, posee el *record* regional, ya que entre 1893 y 1926 —en menor plazo que Quiroga— entregó a las revistas un total de 651 relatos [2].

Esta práctica decayó hacia principios de los cuarenta, cuando el público de masas prefirió otros medios de difusión: el cine y la historieta. Progresivamente se fueron hundiendo el folletín y las múltiples formas de las "novelas populares", impresas en un barato papel diario y de enorme difusión tanto en Argentina como en Chile, circuitos editoriales que integraron a muchos uruguayos. La pérdida del espacio operativo de las ficciones literarias —el primer expulsado fue el poema— llegó al periodismo con mayor vigor; se agudizó aun más con la sofisticación y la consiguiente velocidad de los medios informativos que puso a mano el mundo cercano y remoto; la politización de las masas y su creciente injerencia en los asuntos públicos ensanchó las columnas dedicadas a la materia; el aumento de la estima colectiva hacia el deporte, atizado por nuestros éxitos futbolísticos, le hizo ganar páginas a su favor. Todo junto restó espacio a la literatura y recortó estipendios a los escritores. Habría que con-

(1) La forma de operatividad de este sistema de producción en los relatos de Horacio Quiroga se ha explicado parcialmente en nuestro Prólogo a *Pasado Amor* en esta Colección (Quinta serie, vol. 27), mayo 1992. El análisis de los antecedentes en el Río de la Plata y del caso Quiroga en particular, puede verse en: "Horacio Quiroga periodista: El escritor y el maldito dinero", Pablo Rocca, en: *El País Cultural*, Montevideo, Año III, N° 147, 28 de agosto de 1992, pp. 1-3.

(2) *La Obra Cuentística de Javier de Viana*, Alvaro Barros-Lémez, Montevideo: Libros del Astillero, 1985, pp. 21-92.

siderar, además, la sensibilidad de una sociedad europeizada alerta, como nunca antes lo había estado, a los brutales cambios que golpearon entre 1914 y 1945.

Quienes escribieron sus primeras narraciones a mediados de los veinte, todavía pudieron arañar algunas parcelas —o restos— de ese *modus operandi* editorial, siempre más rico en la otra orilla del Plata. Para esos medios surgieron las "Veladas del fogón" de Francisco Espínola, textos que en 1985 Ana Inés Larre Borges reunió en volumen, así como algo más de cincuenta relatos de Juan José Morosoli; del mismo modo que abundaron cuentos de Enrique Amorim, Adolfo Montiel Ballesteros, Juan Mario Magallanes o Yamandú Rodríguez. Pronto tuvieron que abandonar la idea —ya paraíso artificial— de vivir o siquiera de lucrar a medias con la literatura; pronto se vieron obligados a aliarse con poetas y plásticos para reiterar la experiencia de las revistas literarias, consumidas por públicos selectos y, por eso mismo, con una vida efímera. Pero hay un ejemplo aislado, con escasos antecedentes propios en la escritura a contrarreloj, que logró sobrevivir en el viejo sistema y aun mantenerse durante casi dos décadas. José Monegal (Melo, 25/VII/1892 - Montevideo, 28/X/1968), ese sobreviviente, colaboró —en algún período casi con una frecuencia semanal— en el Suplemento dominical en sepia de *El Día*, entre 1951 y 1968. Pero no fue el último, ya que pocos años después de su muerte dicho espacio fue heredado por Angel María Luna. Cualquiera de los dos pudo comunicarse con un público enorme dado que, según estimaciones hechas en 1957, la tirada de *El Día* oscilaba entre los 60.000 y 80.000 ejemplares [3].

No se han fichado los relatos de José Monegal aparecidos, además, en *El Deber Cívico* (Melo), *Vanguardia* (Montevideo), *La Prensa* (Buenos Aires), *Revista de Anda*, Revista *Policía*. Tomando en cuenta *sólo* los del Suplemento mencionado, Arturo S. Visca insinuó, en 1975, que *"la producción total del autor"* merodeaba los cuatrocientos relatos; antes, en 1964, cuando todavía quedaban algunas decenas por divulgar, Ruben Cotelo calculó por lo grueso que éstos andaban entre *"trescientos y cuatrocientos"* [4]. Un rastreo que dista

(3) *La Prensa en Montevideo (Estudio sobre algunas de sus características)*, Roque Faraone, Montevideo: Biblioteca de Publicaciones Oficiales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de la República, 1960. Interesa relevar un dato que aparece en una de las gráficas de esta investigación. *El Día* destinaba en 1957 un promedio de 2.454 cm^2 de su superficie para "Deportes"; 1381 para "Hípicas"; 2.698 para "Económicas"; 632 para "Políticas", 2.010 para "Espectáculos", 702 para "Gubernamentales y Parlamentarias", 372 para Policiales y sólo 502 para *"Culturales"* (y nótese que se desglosa la información sobre espectáculos en otro *ítem*). Desconozco investigaciones de esta naturaleza sobre la prensa rioplatense en los primeros veinte años de este siglo.

(4) *Nueva Antología del Cuento Uruguayo*, Arturo S. Visca, Montevideo: Banda Oriental, 1975, p. 113. "Un narrador popular", Ruben Cotelo, en: *El País*, Montevideo, 10 de mayo de 1964.

mucho de ser exhaustivo, nos permite suponer que los relatos *inéditos en libro* no superan el centenar y medio. Sólo una cifra conjetural que basta para mostrar la feracidad de este autor, porque con los de esta edición suman 131 los cuentos incorporados a volúmenes particulares o antológicos [5].

Pese a ello, *ninguna* historia de la literatura lo menciona siquiera —desde Zum Felde a *Capítulo Oriental*, que apenas lo integra en su diccionario de autores—. Sólo a partir de la *Antología del Cuento Uruguayo Contemporáneo* (1962), de A.S. Visca, empezó a existir para la crítica especializada. Además, cabría pensar que su caso está dentro de los escritores a los que se refería recientemente Tomás Eloy Martínez, para quienes *"el periodismo nunca fue un mero modo de* ganarse *la vida sino un recurso providencial para* ganar *la vida"* [6].

II

Pero esa vida ganada en las narraciones de José Monegal es la de una comunidad rural, más específicamente fronteriza, del pasado. Ambientes y personajes provienen, básicamente, de las décadas del 60-70 del siglo XIX. En uno de sus últimos textos, titulado emblemáticamente "Del pasado heroico", justificaba esta elección estética:

"No, no hay que olvidar este pasado heroico. La generación de hoy tiene que conocerlo, saberlo; conocer y saber la grandeza que encierra este capítulo de una época que pasó. Hacerlo como homenaje, por lo menos, a aquellas mujeres y aquellos hombres que ahondaron en el país caminos a sus cuatro horizontes". (*El Día*, Supl. dominical, N° 1812, 28 de enero de 1968).

Después del fracaso de la novela *Nichada. Apuntes de un indio de la selva ecuatorial*, 1938), Monegal se afirma en el cuento breve. Como Quiroga, como Viana, sacó en limpio del ejercicio casi semanal de su escritura, en el rígido molde de una página formato tabloide —ilustración propia incluida—, una lección estilística que lo benefició. La economía de recursos del género le enseñó a podar toda tentación exhortativa, la que recuperó sólo en sus pocas estampas, como la precitada; calculó con mejor puntería el uso de cada adjetivo; condensó

(5) Uno de los primeros volúmenes de esta Colección (el N° 4) fue una antología de este autor, *El Tropero Macabro y Otros Cuentos*, 1978, preparada por Heber Raviolo y Washington Benavides y prologada por el último, uno de sus críticos más atentos y entusiastas. Allí se incluyen dos cuentos sobre milicos y matreros.

(6) Se trata de una comunicación leída en Caracas en el Primer Congreso Internacional de Periodismo Cultural: "Utopía del periodismo cultural", en: *La República*, Montevideo, 16 de abril de 1992, p. 39.

en los diálogos lo esencial comunicativo; desplazó la descripción de atmósferas para concentrar en la historia todo el peso del relato. Y aunque no pueda advertirse el menor aprendizaje de los cuestionadores del realismo decimonónico —desde Proust a Kafka, desde Joyce a Faulkner—, lo que le hizo estructurar sus narraciones desde una voz omnisciente y "objetiva", probó diversas técnicas que lo apartaron de las repeticiones a las que ese ritmo febril de producción lo condenaba: la historia dentro de la historia, cambios de perspectiva en la narración, diferentes operadores de principio, inserción de textos de segundo nivel tales como "partes" o cartas.

Avanza por ese mundo campesino con una doble modalidad narrativa y formal: a) el texto realista paradigmático, de acuerdo al modelo trazado por la literatura del siglo precedente (el relato se cifra en la referencia y en un cuadro social vívido); b) las historias de animales y hombres, en la forma clásica de la *fábula*, de las cuales su novela *Memorias de Juan Pedro Camargo* (1958) es el mejor ejemplo; y en la "semi-fábula", en la que *"conviven la existencia de los hombres y el vivir de los bichos"*, según observara Washington Benavides [7].

En unos y otros mantuvo ese distanciamiento con la materia que le proporcionaba su tiempo, del mismo modo que en las ficciones de Reyles o Viana, una opción que desecharon sus contemporáneos Morosoli, Amorim o Paco Espínola quienes prefirieron el pasado reciente al remoto. Se hace ostensible así su formación literaria tradicional y quizás las condiciones de su trabajo que se interponen a cualquier deseo de ficcionalizar un tiempo también "heroico", pero que fue parte de su vida. La pasión partidista no se oculta ni en su *Vida de Aparicio Saravia* (1942) —rica en anécdotas sin desarrollo—, ni en los muchos —y militantes— artículos sobre su divisa en *El País*, parcialmente refundidos en el *Esquema de la Historia del Partido Nacional* (1959). Escribir cuentos para el diario batllista pudo suponer una especie de autocensura, imposible si lo hubiera hecho en las páginas del matutino blanco; esta restricción fue, a la vez, fructífera, ya que reprimió la descarga admirativa que opacó los artículos y libros sobre su bando.

Resulta demostrativo de esta resistencia que los escasísimos personajes participantes en ejércitos "revolucionarios", *nunca* desnudan ánimos de banderías, jamás la guerra es el tema preponderante, sino que funciona como escenografía y pretexto para otros temas. Así, en "Simón Mansilla", el anciano protagonista menta su intervención en una "patriada", pero esto es sólo un episodio que

(7) Prólogo a *Cuentos Escogidos* de José Monegal, Washington Benavides, Montevideo: Banda Oriental, 1967, p. 9-10. Y especialmente su introducción a la primera antología de esta clase de relatos: *Cuentos de Bichos* de José Monegal, Montevideo: Banda Oriental, 1973, pp. 5-8.

se pone al servicio de su vejez y experiencia (*El Día*, Nº 1743, 12/VI/1966); algo similar ocurre en "Emiliana" (Ibid., Nº 1794, 4/VII/67) y "El toldito" (Nº 1805, 10/XII/67). Ejemplo cabal de esta reticencia a entrar de lleno en las vicisitudes guerreras de sus "vivientes", aparece en "Problema resuelto" (Nº 1763, 30/X/66). Aquí, Valerio Trillo, desesperado por el desprecio de una mujer, se une a una partida revolucionaria, en la que se destaca por su arrojo; hasta que cae gravemente herido en combate. La muchacha, arrepentida de su antigua indiferencia y seducida por el valor del combatiente, le ofrece su amor, que Trillo, en venganza, rechaza. Todos estos relatos se remontan a la "Revolución de las lanzas" de Timoteo Aparicio (1870), *no* a las acciones de Aparicio Saravia en 1897 o 1904, las que Monegal admiró desde su niñez en Cerro Largo y escuchó de innumerables bocas durante la investigación sobre su caudillo.

Esto no significa que la mirada de Monegal sobre el pasado y aun sobre los hechos "heroicos" elimine el humor y el grotesco, dos rasgos principales en su narrativa, quizá los que haya trabajado con mayor maestría, como el lector podrá comprobarlo en casi todos los cuentos que hemos reunido en esta oportunidad.

III

El grupo que seleccionamos para este volumen se ajusta a la primera modalidad, la mayoritaria en su obra. El autor recreó con asiduidad los tipos humanos del milico y el matrero, algo inevitable dada su autolimitación en el espacio y el tiempo. Gran parte de estos relatos estaban inéditos en libro, y todo parece indicar que el último Monegal estaba ordenando su obra de acuerdo con series temáticas más orgánicas. A esta hipótesis contribuye la proximidad de la publicación del conjunto (entre el 5/IV/1964 y el 20/X/1968), así como la cadena de historias que llevan el antetítulo: "Del pasado heroico". Un enunciado de la estampa "El milico" es muy elocuente sobre esta posibilidad: *"En la historia de los milicos hay de todo: desde heroicidades hasta miserias. Se podría hacer un buen libro con ella"* [8].

(8) Los cuentos aquí reunidos y que ingresaron en volúmenes anteriores son: 1º. "Renuncia del comisario Portela y del cabo Lapuente" y 2º. "Penca brava" (*Nuevos Cuentos*, Montevideo: Alfa, 1967); 3º. "El guardia civil Juan Cáceres" (*Antología del Cuento Uruguayo Contemporáneo*, de Arturo S. Visca, Montevideo: Universidad de la República, 1962). "El comisario Lino Cabrera y el negro Marcelino Meireles" apareció en la revista *Policía*, de Montevideo (1966); todos los demás se tomaron del suplemento dominical de *El Día*. Agradezco a la prof. Isis Monegal la posibilidad de consulta libre del archivo de su padre, imprescindible para este trabajo.

Sus historias moran en *cinco escenarios* de la ancha pradera del norte uruguayo: la estancia cimarrona, la pulpería, el campamento ocasional —del tropero, el carrero, el contrabandista o el revolucionario—, el caserío o pueblo "de ratas" (nunca la ciudad), y la comisaría de campaña. Los personajes que los pueblan, de cualquier estamento, raramente caen en el estereotipo. Esto se evita, por un lado, merced al empleo de un humor *"levantisco y sombrío, a veces alegre y retozón"* [9], el que genera una visión desacralizadora, lejos de toda simplificación maniqueísta.

Así como sus "rigoluciones" políticas se frenaron en 1870, la vida social que predomina en sus relatos responde a las estructuras precapitalistas, anteriores a la propagación del alambrado de los campos durante la dictadura de Latorre. Brevemente puede describirse este cuadro: los estancieros casi siempre son terratenientes, muchos de ellos procedentes del Brasil (como el de "La lámpara maravillosa", *Cuentos Escogidos*, 1967) y sus establecimientos se dedican a la cría de vacunos y no de lanares; menos aun hacen granja. Abundan los matreros especialistas en abigeato, una "profesión" que el ejército latorrista diezmó hacia 1875; proliferan los contrabandistas, los de la época en que sólo se pasaba caña, tabaco, yerba, café y rapadura; los peones son analfabetos —muchos de ellos negros y brasileños—; hay también pulperos y mercachifles, jovencitas apetecibles, chinas leales y de las otras, sirvientas negras, agregados y puesteros. Pero faltan los maestros y casi no hay gringos —si acaso algún español— nunca un italiano, un francés o un centroeuropeo. Los estudios de José Pedro Barrán y Benjamín Nahum pueden darnos alguna pista para interpretar este marco social. Empecemos por el vértice de la pirámide económica:

"[Las peculiaridades de la frontera alentaron] *la condición señorial del gran propietario. Nunca fue, sin embargo, un señor feudal, porque en alguna medida consideró a la estancia como negocio y no como mera fuente de recursos para su actividad política o militar".* [...]

"En el norte, junto al predominio del vacuno criollo se daba también el predominio del hacendado brasileño. En 1884, de los 6.872 de esa nacionalidad, 5.741, o sea el 83%, se hallaban establecidos en el Norte y el Este" [10].

En los relatos de Monegal no se encontrará el hacendado burgués de la modernización agropecuaria —a quien tanto exaltó Reyles en sus novelas— sino ese estanciero "gaucho", quien, aunque poseedor de enormes fundos que le "engordaban el cinto de monedas", controlaba las tareas y aun colaboraba en

(9) Ruffinelli, Jorge. "José Monegal (1892-1968). Casi una fábula", en: *Marcha*, Montevideo, N° 1424, 8 de noviembre de 1968.

(10) *Historia Rural del Uruguay Moderno (1851-1885)*, José P. Barrán / Benjamín Nahum, Tomo I (compendio), Montevideo: Banda Oriental, s/f., p. 91 y 132 respectivamente.

su ejecución [11]. Los hay de todo pelo: la mayoría son arbitrarios con los peones y lascivos con sus mujeres, contrabandistas de alto vuelo y rapaces explotadores (vgr.: "El guardia civil Juan Cáceres", "Penca brava" y "Un procedimiento del comisario Lino Cabrera"); pero también los hay comprensivos y condescendientes (vgr: "El rapto", "Sherlock Holmes criollo"). Ninguno hace política a lo grande, porque no existen los "dotores" entre ellos.

Los demás tipos humanos poblaban la estancia en sus diversas actividades y con magros salarios, tanto más bajos cuanto descendieran en la escala jerárquica, progresivamente reducidos a medida que progresa el alambramiento de los campos:

> *"En 1891-1892* —señalan los historiadores citados— *había en Cerro Largo un peón cada 1.054 hectáreas; en Soriano, con abundancia de lanares, cada 664* [...] *Antes del alambramiento en la década 1860-1870, el salario mensual de un peón, que siempre incluyó habitación y comida, era cercano a los doce pesos. Luego del cerco los documentos indican "10 ó menos"* [...] *El peón corriente no recibía más de $ 5, y en la zona fronteriza aun menos, si es que recibía algo"* [12].

Los matreros y contrabandistas de Monegal se convierten en tales por tres motivos: la prepotencia del patrón; la injusticia y la miseria (vgr.: "Renuncia del Comisario Portela y del Cabo Lapuente"); la "fatalidad de una desgracia" (riña que deriva en muerte del oponente), (v. "El matrero"). Son éstos los únicos pobres que adquieren conciencia de su marginalidad y nociones precisas de la injusticia, a diferencia de los simples rateros o de los borrachos irredentos o los peones fieles. Esto explica que encarne en el matrero el ideal de libertad; como muestra de este rasgo, no siempre afortunado desde el punto de vista literario y de evidentes raíces románticas, léase "El Pirú Fleitas y la libertad". Un informe redactado por Luis A. de Herrera en 1920 para la Federación Rural, llega a las mismas conclusiones que el escritor: *"el jornalero rural no tiene aspiraciones; a gusto vegeta; no ahorra, poco piensa; no establece diferencias*

(11) *Historia Rural del Uruguay Moderno. La Civilización Ganadera bajo Batlle (1905-1914). Tomo VI*, José P. Barrán / Benjamín Nahum, Montevideo: Banda Oriental, 1977. El departamento de Cerro Largo, donde se desarrollan la mayoría de los relatos de Monegal, mostraba en este período un equilibrio entre el latifundio y la propiedad mediana, con mayor inclinación hacia la gran extensión. Los minifundios eran muy abundantes entonces: totalizaban 1038 predios, el 43,4% de la suma global, pero ocupaban sólo el 2,4% del total de la tierra (v. p. 298). Los grandes hacendados ausentistas, que ocupaban 122 predios mayores de 2.501 hás., alcanzan el 16% del total (v. pp. 307 y 401).

(12) *Historia Rural del Uruguay Moderno. Historia Social de las Revoluciones de 1897 y 1904, Tomo IV*, José P. Barrán / Benjamín Nahum, Montevideo: Banda Oriental, 1972, pp. 23-24.

entre el presente y el porvenir; vive al día" [13].

El milico, de la policía de campaña y no del ejército de línea, quizás sea el personaje cuyos contornos psicológicos moldeó con mayor fortuna. Hay que distinguir aquí también las jerarquías: el comisario bien puede ser un corrupto o un investigador y árbitro hábil entre las clases sociales de intereses antagónicos —como el reiterado personaje Lino Cabrera—, o un ambicioso. El sargento suele destacarse por su ostentación del poder que obtuvo luego de sucesivas humillaciones en su lento ascenso.

Pero Monegal no olvida el origen marginal del milico (peón desocupado o, en algún caso extremo, matrero "arrepentido", como en "Una vida cambia de rumbo"); ni oculta su pésima paga o su vetusto armamento, como la "milagrosa" tercerola de "El guardia civil Juan Cáceres"; ni deja de mencionar sus flacos caballos, como el que figura en "El parte del sargento Zacarías Crespo". En 1878, una época dorada para la represión —si se la compara con los años anteriores al militarismo—, el diario *La Campaña* informaba:

"El soldado de policía tiene un haber mensual de quince pesos; de esos quince pesos hay que deducir habilitado, montepío, etc., etc., lo que viene a ser cincuenta centésimos, cinco pesos de rancho y uno o dos de uniforme, de modo que su verdadero sueldo es de ocho pesos y medio" [14].

Con ese dinero podían comprarse treinta y cuatro kilos de yerba argentina, la más barata. El sueldo de un ministro de Estado ascendía a $ 600.

Por eso, en muchas ocasiones, sargentos, cabos y agentes desertan cuando descubren que son simples instrumentos para la protección de los poderosos ("El Pirú Fleitas...", "Renuncia del comisario Portela..."). Entonces, también ellos cruzan al otro lado de la frontera y se pierden entre la niebla.

Pablo Rocca

(13) Ibid., pág. 369.

(14) Loc. cit. en: *La Tiza y el Sable. Vida Cotidiana en el Uruguay de Varela y Latorre*, Enrique Méndez Vives, Montevideo: Fin de Siglo, 1993, p. 103.

EL MILICO

Era, el milico, un elemento que servía tanto en el ejército como en la policía. Una línea de botones, más o menos dorados, destacándose sobre su chaquetilla, un sable de ancha vaina metálica golpeando su pierna izquierda, y ya le caía el *milico* a un hombre. Con cierto desprecio se pronunciaba esa palabra.

Cuando un poblador de la campaña no arreglaba su vida como peón de estancia, o tropero, o contrabandista; o cuando matrerear no armonizaba con su temperamento; cuando no sabía manejar con cierto modo turbio un naipe, o tañer con cierto arte una guitarra, cuando no le era posible, ya por su condición física, ya por falta de temple, correr caballos sobre un trillo de pencas; cuando no se avenía a ser simplemente un vago, enderezaba al cuartel, o a la comisaría, y sentaba plaza; se enganchaba. Algunos, andando un tiempo más o menos largo, renunciaban al servicio, pedían la baja —que muchas veces no les era concedida—; pero otros le tomaron gusto al uniforme, a la autoridad que creían ejercer —y que muchos ejercían, hasta con despotismo—; al clarín y al tambor. Y he ahí al milico auténtico. A los de la ciudad les pasaba lo mismo: concurrían a sentar plaza cuando no tenían otro horizonte.

Nuestro más viejo recuerdo del milico se remonta al 3° de Caballería, de guarnición en Melo. Aún vemos, un poco esfumados en la niebla del pasado, sus soldados, tieso el quepis, ajustado el uniforme, altas las botas, sonantes los sables. También miramos la estampa de los policías de esa época. Los que hacían servicio urbano, en verano vestían de blanco, de oscuro en invierno. Los de campaña entraban al pueblo jinetes casi siempre en flacos caballos, el poncho patria arrollado a los tientos y metidos en un uniforme que de uniforme solo tenía el nombre. Pero, para mejor dibujarlos, vamos a dejar aquí la estampa de dos que conocimos muy bien, uno del ejército, otro de la policía. De aquél conservamos sólo el apellido: Gayoso. Era negro, criollo; del

otro sólo el apodo: Chico Portugués, blanco, abrasilerado.

Gayoso, entre las cuatro paredes del cuartel, o en el patio de la Jefatura, durante sus guardias de cárcel, usaba de un modo casi prusiano. Era de los que sabía cuadrarse, rígido, ante un superior. Profundo conocedor del servicio y respetuoso de él, atento a la diana y a la oración. Siempre de bota bien lustrada, relumbrosos sable y botones. Llegó a cabo. Pero existía el otro Gayoso, humano, cordial. En sus horas de servicio parco en palabras, que las soltaba como disparos de carabina: en sus horas de franco cambiaba la chaquetilla por un ponchito de verano, el pantalón por bombachas, las botas por alpargatas. Se entreveraba en las barras de boliche donde su refranero ponía una elevada nota de la filosofía y de la picaresca criollas. Bebía por lo alto. Pero en el mismo instante que se le acababa el franco, estuviera donde estuviera, cambiaba fundamentalmente. Entraba a su rancho el paisano y de él salía el milico.

Hasta que llegó el día aquel que lo dieron de baja. Estaba de guardia en la cárcel de la Jefatura. Allí había un comisario cuya justicia y ley estaban en la hoja de su espada o en la argolla de su rebenque. Un déspota. Cierta noche al recorrer los calabozos, oliendo a caña, se enfrentó con un preso, mozo de campaña que había muerto a un guarda aduanero. Gayoso ya había hablado con él. Lo dio por bueno y la muerte que hizo por justa. El comisario, luego de un breve cambio de palabras la emprendió a golpes con el preso aquel. Lo dejó tendido, exánime en una crujía adonde lo hizo llevar. Allí fue Gayoso. A fuerza de trapos empapados en agua y sal lo reanimó. Y luego conversó largamente con él. Corrieron los días, y ya repuesto el mozo, una madrugada Gayoso le dio libertad. A la vuelta de la cuadra había un caballo. El negro nos decía, después:

—En mi vida me topé con mucha cosa fiera, con mucha maldá; pero aquella cometida por el comisario me hizo olvidar el quepi, las botas y el sable...

Murió siendo tropero.

* * *

Chico Portugués fue un milico auténtico. Para él los mayores perturbadores del orden público eran los muchachos y los ebrios. Para aquéllos tenía una vara de mimbre, larga y cimbreante; para éstos recurría

casi siempre al pito. Se cruzaba con un niño, veía que llevaba bolitas o trompos, y le decía, mirándolo fijamente:

—No se puede jugar en la rua ni en la calzada, mire que hago cantar la vara.

Encontraba un borracho, de los pesados, fuera en la calle o en la plaza pública, tocaba pito llamando a un compañero, y entre los dos cargaban con aquel. Por lo general le decía:

—Anda haciendo pruebas y usté no es macaco de circo. ¡Marche!

Chico Portugués revestía su cinismo —que era de los de más de la marca— con una corteza de grave y rígida autoridad, que aprovechaba para pedir fiados yerba, café, azúcar, tabaco, caña, etc., en los comercios del pueblo; fiados que morían en fiados. Se le prendía como un saguaypé al jefe, al comisario y al segundo, haciéndoseles hombre de su confianza. Tenía un rancho en extramuros en el que nunca faltaba una china que lavaba y planchaba su ropa, le cebaba mate, le cocinaba...

En la historia de los milicos hay de todo: desde heroicidades hasta miserias. Se podría hacer un buen libro con ella.

EL MATRERO

El matrero ha desaparecido. Hoy vive en la leyenda.

Existió, animado y dinámico, sobre nuestra tierra; y al decir nuestra tierra unimos a ella la del otro lado del río; allí constituyó el mismo tipo.

El matrero, como tal, surgió casi siempre de un grave incidente. Decir de alguien la gente: *se desgració*, significaba que ese alguien, al correr de un episodio en su existencia, se había perdido para la ley y, a veces, para muchos hombres. Diremos con más claridad esto: en una reunión de carreras, o en tal cancha de taba, o en alguna función de trabajo, dos hombres se enfrentaban arma en mano. Caía uno herido de muerte; el otro huía al castigo de la autoridad. Montaba a caballo y comenzaba otra existencia. Prefería ese hombre realizar su vivir en medio de sinsabores, desapareciendo por aquí, apareciendo por allá, escondiéndose o exhibiéndose —según cuadrara a su táctica— durmiendo angustiosamente, no comiendo a veces, desconfiando hasta de su sombra, dudando de todos, a cortar esa actividad dramática inmovilizándose entre las rejas de un calabozo. Trágica era su libertad; pero él la ponía por sobre todas las cosas. Entendía que mientras se moviera a su antojo, sobre un camino sin límites, seguiría viviendo; por sombría que fuera su vida jamás lo sería tanto como aquella de la ventana con barras y la puerta con tranca.

Nosotros conocemos a fondo la historia de dos matreros que siguieron estrictamente ese trazado. Uno fue Jacinto Diogo, nombre que muy pocos supieron darle por ser únicamente conocido por el Clinudo. Cuando pasó la línea que une Tacuarembó con Cerro Largo —allá por el año 80— era mozo, alto, de constitución atlética; y una melena que le llegaba hasta media espalda. Llevaba tres muertes como carga, hechas *por el centro*. Al pasar al departamento nombrado hizo perder el rastro a la policía. Comenzó su correría por los caminos. Alguna vez llegaba a tal estancia, otra a tal pulpería. Fue tratado, al principio, cordialmente.

Pero cuando la noticia de su vida, de sus hechos, y del correteo frustrado de la policía empezó a comentarse en los galpones, en los negocios, en las casas, la gente que lo trataba se dio en dudar si aquel mozo afable no sería el Clinudo. Al fin comenzó a intervenir la policía. Y el matrero reanudó su vida pasada. Los años siguieron corriendo, el Clinudo en ocasiones se esfumaba por largo tiempo... Y llegó el día que ya no se le vio más. La autoridad lo olvidó, en las ruedas también se comenzó a olvidarlo. Cierta vez un segundo comisario, joven, recién ingresado a la policía de Melo, salió en una comisión, enviado por el Jefe de Policía a la entonces villa de Artigas, hoy Río Branco. Iba el funcionario en un buen caballo, dispuesto a cumplir el viaje en una jornada. Al cruzar el Arroyo Malo por el paso, de monte crudo, sintió una voz: alguien lo llamaba. Sujetó y miró. De entre las ramazones tupidas vio salir un hombre. Le pareció viejo, enfermo. Le dijo:

—Amigo: veo que lleva espada, debe ser autoridá.

—Sí señor; soy segundo comisario.

—Pues yo soy el Clinudo. Me entrego, ya no doy más...

El segundo quedó asombrado, suspendido. Luego reaccionó.

—¿Tiene caballo?

—Sí señor, un poco flaco.

Partieron a Melo. Por la Jefatura desfiló todo el pueblo. En ella, tres días después, moría el mentado bandido. Ya no daba más, como él dijo.

El otro, de apellido Coronel —se dijo que era pariente del famoso Nico— tuvo una vida de singulares relieves. Perseguido injustamente por un comisario, lo mató cierto atardecer en una reunión de carreras; también mató a uno de los guardias civiles que con éste estaban. Su caballo era superior y pudo escapar a los que lo persiguieron. Puso rumbo a la Quebrada de los Cuervos, que conocía bien. Llegó allí, soltó entre el monte a su montado y con el apero al hombro bajó por los contrafuertes del inmenso e imponente corte. Y en una cueva perdida, hizo casa, donde vivió año y medio. La Quebrada le dio caza, agua y leña. A veces, de noche, trepaba la escarpa y llegaba hasta el rancho de un puestero, amigo suyo, quien le suministraba café, yerba, tabaco. También a veces, siempre de noche, carneaba alguna oveja de alguna punta que llevaba contra la esquina de un alambrado. Se contó esta historia de él: el puestero, con quien se veía cada tanto, le dijo una vez que la gente del pago estaba viviendo asombrada por un aparecido. Casas

y ranchos se trancaban temprano. Tres mujeres y un muchacho vivían a poco más de una legua de allí. Hacía dos noches oían, espantadas, gritos terroríficos, carcajadas diabólicas... Coronel, en cuanto anocheció, llegó a la casa y comenzó a rondar. Y esa noche, ni mal empezó el espeluznante griterío, las mujeres sintieron un disparo. Coronel golpeó en la puerta del rancho. Les dijo:

—El aparecido está muerto. Era un negro bandido que, a lo pior, quería que ustedes se fueran para él alzarse con lo que dejaran... Mañana llamen a la policía.

Ahora se matrerea mejor en las grandes ciudades. En el campo los cercos se han multiplicado, los montes casi han desaparecido, en las estancias se guarda orden. Las policías rurales tienen teléfono; quebradas —como la de los Cuervos— son lugares de turismo, las sierras han perdido sus secretos. ¿Dónde se esconde un matrero? En las grandes ciudades cada barrio es una selva espesa o una quebrada inviolable; hay mil caminos para correr en fuga. La policía tiene buenos elementos de movilización; pero los matreros ciudadanos también cuentan con ellos. Y armas iguales. Los días de estos son tan duros como los de aquellos, siempre con el adiós a la vida a flor de boca. Sólo una diferencia existe, fundamental: la aureola romántica de unos es, en los otros, halo sombrío. Un caballo al galope siempre es más de quimera que un automóvil en pique siniestro... Y algo más: aquél moría, pero siempre había un canto perdurable que vibraba en un compuesto, o en un estilo, recordando su vida; la de éste quedaba en algún periódico, grabada en la crónica policial que, en breve, se perdía para siempre.

EL COMISARIO LINO CABRERA Y EL NEGRO MARCELINO MEIRELES

El Capitán Lino Cabrera, desde que se hizo cargo de aquella Comisaría Rural, compuso su propia ley, arbitraria casi siempre, pero llena de sabiduría. Y así tuvo que ser.

—No hay un hombre igual a otro —manifestaba—, por lo tanto hay que manejarlos diferentemente. Lo que sirve para castigar a un cruzacaminos no vale para hacerlo con un peón de estancia, aunque el delito sea el mismo. Un mayoral de diligencia mató un turco en el corredor; un gaucho malevo mató otro, también en el corredor. A los dos les di trato distinto...

Véase cómo procedió con el negro Marcelino Meireles. Cierta mañana llegó al local de la Comisaría la viuda de Etanislao Medina, a caballo, acompañada por un mulatito.

—Señor Comisario —comenzó a hablar—, me dejaron raso el gallinero, tenía quince gallinas y un gallo. Yo vivo sola, cuido unas cuadritas. No es que haya quedado desamparada, pero, créame, me ha dolido mucho lo hecho.

—¿Sospecha de alguien, señora?

—Cuando pasé por la pulpería de Diogo me dijeron que tenía que ser, sin vuelta, el negro Marcelino...

El Capitán ordenó a tres guardias una recorrida. Tres días pasados supo que el negro había cruzado la línea y vendido gallo y gallinas en un almacén grande, de ramos generales, del lado brasileño. El Comisario hizo vigilar al mismo y cuando lo tuvieron a tiro le echaron mano, llevándolo a la policía.

—¿Usté es Marcelino Meireles?

Cuando el Capitán no tuteaba a alguno como al negro aquel, el clima era de tormenta.

—Sí, señor Comesario.

—En el almacén de la línea usté vendió, va para cinco días, quince

gallinas y un gallo.

—Vea, señor Comesario...

—¡No tengo nada que ver!

El negro se encogió, murmurando luego:

—Sí señor, vendí ese lote.

—¿Cómo consiguió ese lote? Usté no tiene casa, ni tierra, ni renta, ni oficio.

El negro cosió la jeta.

—Bueno —continuó Cabrera—, usté levantó gallinas y gallo del rancho de doña Clotilde Medina. Y usté tiene que reponer lo que robó, devolver a la pobre viuda lo que es de ella. Y como usté es un vago, yo he pensado lo que va a hacer para cumplir. Vamos al calabozo.

Allá fueron los dos. Sobre el piso había un montón de paja brava y algunos restos de vellón, de esos que quedan prendidos en los alambrados, haciendo un nidal. Sobre tal nidal dieciséis huevos de gallina. Cabrera guardó silencio largo rato. Con sus ojos, inquisitivos, observó la reacción del negro. Este miró las cuatro paredes, la imponente reja, el piso. Y sobre el piso, el nido. Después llevó su mirada al Capitán, interrogante, angustiada.

Don Lino habló:

—Son dieciséis huevos, tiene que empollarlos. Aquí va a quedar hasta que los pollos comiencen a picotear la cáscara.

Marcelino dilató los ojos que blanquearon como platos soperos.

—Pero, Comesario... ¿ande vido cristiano empollando güevos?

—No tengo nada que ver ni que saber. Aquí, como le dije, va a pasar sus días y sus noches, sin más ración que algún jarro de agua... En cuanto los volátiles aparezcan, grite. Después usté lleva la pollada a la viuda de Medina...

—Pero, Comesario...

El ruido de la tranca, siniestro para el negro, cortó el diálogo.

Y pasó la noche larga, casi infinita para Marcelino quien durmió en un sobresalto, cavilando si el Comisario estaba loco o no; si un cristiano podía empollar huevos como si fuera gallina, todo eso con el sueño quebrado, la sed machacándolo y el hambre picaneándolo. Hasta que comenzó a asombrarse para concluir aterrorizado.

En cuanto aclaró el día y sintió el despertar del milicaje, se dio a gritar. Hizo llamar al Capitán.

Apareció éste, lo miró a través de los barrotes con ojos de aluci-

nado, y le dijo:

—Pero... vea Capitán: ¿ande vido cristiano empollando güevos?

—Mire, Marcelino Meireles: yo no tengo más nada que ver sino que usté tiene que sacar pollos de esos dieciséis huevos, para devolverle quince gallinas y un gallo a la viuda de Medina. Ella no ha tenido que cinchar de sol a sol para que usté, vago y sinvergüenza, vaya a levantar lo que le ha costado tanto cuidar.

Al anochecer el negro se dio a soltar tan tremendos alaridos que toda la Comisaría fue conmovida. Al fin de este drama, cuando Cabrera conoció que la razón de Meireles estaba a punto de estallar, lo mismo que su cuerpo —con el peligro de que se comiera los dieciséis huevos— lo hizo sacar del calabozo, y ordenó le dieran unos mates y de cenar después. Pasado esto, Marcelino durmió veinte horas seguidas. Cuando terminó este proceso, el Capitán lo hizo comparecer ante él.

—Bueno, Marcelino, ¿qué te ha parecido todo ésto?

El Comisario, ahora lo tuteaba; la cosa había mejorado.

—Mire Capitán, soy un ladrón sin güelta de ojo. Compriendo que la mitá lo hago por comodidá y la otra mitá porque lo llevo en la sangre. Descúlpeme, Capitán.

—Vos sos un negro fuerte, duro y campero. Ya te di trabajo en la estancia de don Paulino Acosta. Entrarás de peón, cumplirás con tu deber. Y con lo que puedas ir juntando de tus sueldos irás comprando, hoy una gallina, mañana otra, que llevarás a la viuda. A lo mejor, por la mitad de la entrega ella te perdona al verte hombre de bien. En la Comisaría ya estás perdonado.

El Capitán Lino Cabrera, para bien de reformar un vago puso a Marcelino Meireles en durísimo trance, explotando su elemental cultura al meterlo en un aterrador problema: *empollar*. Y triunfó en su empeño.

Con los dieciséis huevos de la prueba mandó hacer una tortilla que él y los seis guardias de la Seccional comieron de muy buena gana.

EL SARGENTO

El Alto de Achiras, el Bajo de Toledo, la Quebrada del Perdido y la Salamanca Grande configuraban una larga y ancha comarca fronteriza. Era por el tiempo que cada casa cabecera de hacienda constituía una fortaleza; de las pulperías enrejadas; de los caminos que ahondaban enormes carretas con ejes chirriantes, gauchos solitarios, a veces escuadrones de guerra o cuadrillas de malevaje; tropas de ganados chúcaros...

Esa comarca un día fue sacudida hasta sus más hondas raíces. Comenzó a imperar en ella un hombre: el rengo Valdivia. De él no se sabía más nada que entró por el norte con dos compañeros, mató y robó a dos carreros, dándoles fuego, después, a las carretas. Así comenzó Valdivia un rosario de crímenes, creciendo su partida.

Una hora antes de ponerse el sol se trancaban todas las puertas en todos lados y se aprestaban los trabucos y las tercerolas. Los pobladores del pago vivían una permanente angustia ante el posible enfrentamiento con el siniestro rengo y sus secuaces. Como una cerrazón sombría se fue aplastando sobre el lugar su fama empapada en sangre.

Cierta noche fue asaltada una estancia. Al amanecer el otro día el sol alumbró un horrendo cuadro: cadáveres y llamas. Los que escaparon al salvajismo, allá estaban entre las paredes humeantes, mujeres y hombres de mirar extraviado, casi enloquecidos por el espanto de la noche que vivieron. Uno de los bandidos había quedado allí, deshecho por un tiro de pistola el pecho. Al reconocerlo, un negro, peón joven, sintió una extraña conmoción en todo su ser. Lanzó un alarido escalofriante, cosió el cuerpo exánime a puñaladas y luego le cortó la cabeza. Con ella, colgando de la revuelta melena, ambulaba entre las ruinas, perdida la razón.

Todo este drama llegó hasta la capital de la república. Fue cuando el gobierno nombró un delegado. A la jefatura del departamento llegó éste y con el jefe político inició conversaciones con el fin de trazar un

plan para terminar con aquel estado de cosas que había convertido un lugar del país en señorío de vándalos. Y resolvieron ir a la casa de Lucas Gadea, un señor feudal cuya hacienda medía muchas leguas. Allá llegaron con escolta sonando sables. En el patio cuadrado del caserón comenzaron el consejo. Don Lucas dijo:

—No hay duda que la tierra ha caído bajo las botas del rengo Valdivia. Yo tengo mi casa reforzada de gente, y al llegar la noche tranco hasta los respiraderos. Pero...

El delegado preguntó:

—¿Qué opina, señor, sobre lo que se puede hacer?

El hacendado se reconcentró un instante. Después dijo:

—En todo el departamento no hay nada más que un hombre que puede dar cuenta del forajido; es el Sargento.

—¿El sargento?

Allí estaba el comisario seccional —se había hecho cargo de la comisaría hacía tres meses—, un joven de pantalón ceñido, chaquetilla militar, altas botas charoladas y reluciente espada, que habló:

—Es mi sargento, señor.

El Sargento —así lo conocía y llamaba todo el mundo en la extensa zona— ingresó mozo a la policía. Había sido un cruza caminos que venía de lejos, domador por aquí, trenzador por allá, tropeando o domando donde hacía falta. Tal vez un poco cansado de ese trajín, resolvió uniformarse. Era sagaz, valiente, arrojado cuando fue menester serlo, o prudente, duro en el camino, impávido aguantador de la intemperie, fino conocedor de hombres. Como base de todo eso, una gran sabiduría gaucha. Los comisarios que pasaron por la policía descansaron en él. Fue llamado a la reunión. El jefe habló:

—Aquí estamos, sargento, tratando la cuestión del rengo Valdivia. Usted va a tener que entenderse con él.

—¿Yo?

—Sí. Pida la gente y las armas que necesite.

Hubo, luego de esas palabras, un dilatado silencio. El mirar del sargento, semi velado por espesas pestañas, pasó por todos los rostros que allí estaban. Después dijo:

—No viá precisar gente ni armas, coronel; viá proceder solo.

—¿Cómo?

—Solo. Me esperan aquí tres o cuatro días. Yo les viá presentar la cuadrilla tuita, mansos como borregos...

En la madrugada salió el Sargento sobre un moro gordo. Y enderezó a la Quebrada del Perdido.

Sobre un sitio que sólo los aguarás poblaban topó con la cuadrilla. Hubo un breve diálogo con Valdivia, un cambio de palabras terribles. Al fin el bandido cayó con la cabeza deshecha por el plomo de una pistola. El Sargento, entre el círculo de hombres suspensos y pasmados, habló:

—Aura soy yo el jefe. Vamos a llegar a la estancia de Lucas Gadea. Allá los trataré como merecen, dende el estanciero hasta el comisario...

Estaba anocheciendo cuando llegaron. Al enorme patio pasó el Sargento y tras él ocho malevos. Gadea, el jefe, el delegado y el comisario contemplaron el extraño grupo desorbitados. El Sargento dijo:

—Aquí ta la cuadrilla del rengo. El no vino porque le saqué el ánima por un aujero que le abrí en la frente. Allí quedó, en la Quebrada del Perdido, pa comida de cuervos. Vine, no pa entregar a estos hombres; con ellos pienso pasar la linia y hacer otra vida... si es que se puede. Vine pa tirarle por la jeta al coronel, que jue mi jefe, las jinetas que llevé con vergüenza en el correr de muchos años...

Lió tabaco en larga chala, encendió. Entre tanto sus ojos iban de uno a otro, punzantes, inquisitivos. Continuó:

—A usté, don Lucas Gadea, le limpié la estancia de malas yerbas. A usté, señor jefe, le barrí el departamento de bandidaje; a usté, señor comisario, le di descanso en la comisaría. ¿Qué pago tuve de tuito eso? Que don Lucas, va pa un año, me destrató en unas carreras porque di una sentencia contra su parejero; que el señor jefe me ha tenido en cuenta na más que cuando he hecho falta pa hacer una cruzada brava; y que el señor comisario, este mocito de bota lustrada y espada de puño flojo, ha cáido en cargosiar una china, que es la mía...

Se adelantó y cruzó el rostro del comisario con un lonjazo tremendo. El impacto sonó como un disparo. El joven cayó sobre una silla, escondiendo la cara entre sus manos, lanzando sordas quejas... El hombre siguió:

—Hoy llegué a la Quebrada pa decirle al rengo que cambiara de pago y de vida. Me respondió altanero y yo jui el Sargento de siempre... Yo soy el sargento pa dir y venir, con el tiempo que haiga, ¿no es asina, don Lucas? Pero cuando llegué a su casa jue pa comer en la cocina, o en el galpón, mesturao con los perros, mientras el comisario se sentó en el comedor a tragar por lo fino. Yo soy el sargento pa cum-

plir órdenes, correr leguas, arriesgar el cuero, vivir lengua ajuera ¿no es asina, señor jefe? Pero cuando llegó la hora del reparto ni medio lote me tocó... ¡Los debía longiar como a este sotreta!

Respiró hondo el Sargento, su mirar se veló, sus ojos se volvieron tristes.

—¿Saben quién era el rengo Valdivia? Mi hermano. Hombres como ustedes lo llevaron al trillo ande cayó. Tan asquiao estaba y tan acobardao que se volvió pior que un yaguareté. Hoy tuve que matarlo...

Súbitamente se transfiguró el Sargento. Desprendió de su cinto el sable, que desnudó, dejando caer la vaina. Y a saltos, como tigre, el plano de la acerada hoja comenzó a caer sobre las cabezas y cuerpos del estanciero, del jefe y del comisario. Hacía un espectáculo terrible, impresionante, la desatada furia de aquel hombre, enrojecidos los ojos, espumando la boca, rechinando los dientes. Y los servidores todos de la estancia, hombres y mujeres, y la misma esposa y los hijos del hacendado que hasta allí fueron llevados por el tremendo estrépito, al trasponer puertas y entrar al patio se sintieron paralizados de espanto. Hasta que detuvo su acción el Sargento. Arrojó lejos el sable. Quedó un momento trémulo. Luego una profunda calma irradió de él. Dirigiéndose a los de la cuadrilla habló:

—Vamos.

El sonar del galope de nueve caballos se fue esfumando en la serenidad de la noche.

LOS MELLIZOS FRAGOSO

Tenemos documentada la vida de dos hermanos que poblaron la tierra el mismo día, a la misma hora, y casi al mismo minuto. Nacieron en el Abra de Montiel, de padres humildes, en un rancho largo. En la Alcaldía respectiva fueron anotados como Pascual y Prudencio.

Habían cumplido cinco años Pascual y Prudencio cuando se dio la primera peripecia seria. En la cocina estaba la madre maniobrando trastos en tanto el padre tomaba mate. Este necesitó algo y llamó a uno de los mellizos, que retozaban fuera.

—¡Prudencio!

Entraron los dos.

—He llamao a Prudencio, na más.

Los niños se miraron. El hombre comenzó a rascarse la cabeza. Dijo:

—A ver, Martiniana: ¿cuál de estos es Prudencio? Con la sombra de la cocina se me han perdido algo...

La mujer se acercó.

—Vea, Casildo: ya va pa más de una vez que se me han hecho un enriedo. ¿A ver? ¿Cuál de ustedes es Prudencio?

Los niños siguieron callados.

—¿Cuál de ustedes es Prudencio, canejo? —gritó el padre con un asomo de ira en el acento.

—Y... —la respuesta fue entre los dos— los dos. Y también semos Pascuales. ¿Cuántas veces, usté, tata, y usté, mama, nos han llamao con los dos nombres?

Aquí fue el caer en honda cavilación el matrimonio. Al fin el hombre habló un poco titubeante:

—Y debe ser asina mesmo... Son tan iguales como las ruedas de un dos de oros. A ver, patrona, ¿usté les conoce alguna diferiencia?

Ella meditó un instante. Luego habló:

—De los dos uno tiene una verruguita cuasi pegada al umbligo. ¿Cuando los apuntó el Alcalde usté no se fijó en ella?

—¡Yo qué me iba andar fijando en verruga más o menos! Y aura, si pa nombrarlos vamos a tener que ponerlos de umbligo al aire de por vez, más vale que anden a lo indio. ¡Y en los inviernos los quiero ver, canejo!

—Ta bien, ta bien... Pero tampoco les vamos a colgar a cada uno un cencerro del cogote, de campana diferente pa diferenciarlos, que van a parecer más yeguas madrinas que racionales. ¡Usté como padre tiene que buscarle la güelta a este ñudo!

Y ahí mismo fue el primer incidente en aquel hogar. Y hubieron cien más que enturbiaron hasta el agua del barril. Pero vamos a decir quizá el penúltimo, porque los mellizos aún colean.

Determinado día llegó a la sección policial de Abra de Montiel el capitán Lino Cabrera, de comisario, viviente maduro, de tendida melena tordilla y pera enchuzada. Hombre de férrea disciplina y gran pundonor. Dos meses después de su llegada, los mellizos —que ya eran mozos— revolvieron el camoatí policial. Sus padres habían muerto y ellos, dueños del rancho y algunas cuadras, se habían dado a una existencia disipada y jaranera. La cuestión es que un vecino, el estanciero Benedito Arruda, llegó cierta mañana a la policía y le comunicó al capitán Lino:

—Vea, señor comisario: anoche me arrasaron el gallinero. Marcharon hasta con un gallo garnicé que pa lo que servía era na más que pa cantar y compadriar. En el candombe que armaron los volátiles, salieron ajuera el capataz Míguez y el pión Trifón Nieto; y como la noche era de luna llena vieron clarito que eran dos los del abigeo, y que uno era el mellizo Fragoso...

El comisario montó a caballo y con el sargento Calderón a retaguardia marchó al rancho del finado Fragoso. Llamó. Apareció uno de los mellizos.

—¿Tas solo?

—Sí, señor. Desde antiyer mi hermano ta montiando, cortando unos piques pa la estancia de Echenique.

—¿Ande pasaste la noche vos?

—¿Qué noche?

—Anoche.

—Hasta la madrugada larga tuve en la pulpería del mellao Gabito...

Allá fue el capitán Cabrera. Comprobó lo dicho. Ese mellizo no pudo ser el del robo. Enderezó al monte, en el rumbo que le marcara

éste. De lejos sintió el golpe del hacha. Allí, con otro, estaba el mellizo abatiendo árboles. Del interrogatorio no pudo sacar nada. Entonces el comisario convocó al capataz de Arruda y al peón Nieto; y también a los mellizos al local policial. Enfrentó a los cuatro.

—A ver, capataz, y vos Trifón, ahí tienen a los mellizos. ¿Cuál de ellos jue el del levante?

Casi un cuarto de hora estuvieron aquellos mirando a éstos. El capitán se paseaba como tigre en jaula. En una de esas se plantó frente a los interrogados.

—¿Y...? ¿Pa cuándo dan la sentencia? Díganme el día y la hora porque tengo que amarguear, comer, hacer un parte, dormir, levantarme, volver a amarguear...

El capataz tosió. Y dijo luego:

—Vea, capitán: mañana se le pierde una alpargata; ¿usté pué decir si jue la derecha o la izquierda?

—¡Nada tienen que ver mis alpargatas con lo que he preguntao!

—Es que estos mellizos se han pasao de mellizos. ¿Cómo viá señalar al que vide juyendo con una bolsa al hombro?

—¿Pero jue uno de éstos?

—Eso sí; jue uno de éstos.

—Y vos, Trifón, ¿qué decís?

—Qué jue uno de éstos.

—Ta bien, pueden dirse.

Y solo con los mellizos les expresó:

—No puedo hacer balar en el cepo a los dos porque uno solo jue el del delito; ni a uno solo porque a lo mejor cruje el que no jue. Pero de aquí en delante y mientras yo sea comisario acá, uno de ustedes va andar de bombacha y poncho negro y el otro de bombacha y poncho blanco. Ande no cumplan esta orden los estaqueo. ¡Y vayansé inmediatamente antes que me arrepienta y les encaje una soba de arriador, pareja, pa hacerlos más mellizos de lo que son!

Hasta que llegó la penúltima.

El hacendado Santín Roldán, en el cumpleaños de su hija hizo un gran festejo en su casa. A pesar de que llovía hacía dos días, el vecindario concurrió en pleno. En la sala del baile, sobre un rincón, estaba el capitán Lino luciendo su chaqueta abotonada hasta el cogote y su sonora espada. Serían las tres de la mañana cuando entró a la sala, como Juan por su casa, uno de los mellizos: el del poncho y botas negras.

Entró, levantó una cuarentona de su asiento, y se sumó a la rueda de la polca. Se armó un revuelo... En suma: la cosa terminó en bochinche. Gritos, empujones, ataques. El mellizo salió a los saltos no sin antes tirar un mandoble de facón que, al esquivarlo otro, pegó de plano en la cabeza de una vieja que dio con cuerpo y alma en tierra. Traspuso la puerta el hombre y saltó en su caballo, que en el palenque había dejado. Y se hizo humo en tanto el capitán, dando unos alaridos desaforados, ordenó al sargento Calderón echara los caballos y los ensillara; y con él partió en pos del mellizo. Este, que salió encandilado con el licor que cargaba, pasó como flecha por su rancho en dirección al Paso Ancho del Arroyo de los Bagres. Pero antes de llegar a él se encontró con uno, que resultó ser su hermano, quien volvía del pueblo, y por una picada había cruzado.

—¿Ande vas?

—Juyendo del capitán, hice una encorpada, de fiera...

Y ahí mismo le cayó la inspiración. Dijo:

—Mirá, vos te quedás aquí, contra la orilla, como esperando que el paso baje. Yo cruzo al otro lao por la picada y me planto enfrente, también como esperando que el arroyo baje. En cuanto llegue el capitán le decís que saliste pal pueblo, a buscarme; y yo les grito del otro lao que llegué del pueblo...

—¿Y por qué tuito este enriedo?

—Porque yo metí el batuque de poncho negro...

Efectivamente, el paso estaba crecido. No se podía cruzar, a no ser en bote. Por la picada sí —que era conocida sólo por ellos y por el contrabandista Meirelles— pues estaba poco más que a volapié.

Ya era claro, y por cierto con magnífico tiempo, cuando apareció el capitán, el sargento y tres o cuatro voluntarios entre los que estaba el hijo de la vieja desmayada, imponente por los ajos que iba desparramando. Cuando Cabrera vio al mellizo, sentado sobre un tronco, maneado el caballo, lo atropelló.

—¡Aura vas a pagar tuitas, forajido!

El mellizo, impávido, púsose de pie.

—¿Qué le pasa, capitán?

Cabrera ya iba desnudando el sable... cuando quedó atónito: el poncho y las bombachas del mellizo eran blancos.

—¿Diande has salido?

—De casa. Iba pal pueblo a buscar a mi hermano que va tres días

pa allá salió.

—Conque en el pueblo...

—¿No lo ve del otro lao? Ta esperando que el paso baje...

El capitán llevó los ojos por sobre la corriente. Y cuando vio al otro Fragoso, y lo vio de poncho y botas negras, sintió que la garganta se le anudaba. Imposible que fuera el del baile. Entonces en su cerebro, que era el de un hombre rígido, que se tenía por zahorí de pícaros, comenzó a configurarse una tempestad. El, en el baile, había observado con la más exacta observación el poncho negro y la bombacha negra del mellizo Fragoso; y ahora lo tenía allí, del otro lado del Arroyo de los Bagres, pasando un papel de lija a tal observación, dando en el barro con su autoridad y con su fama.

Dos días después ante el Jefe Político presentó renuncia. Uno de los párrafos de su nota decía: "O no se almiten mellizos en el territorio o si se almiten que se reyune a uno de ellos. Con una oreja de menos la polecía no se verá metida en un berenjenal, llegao el caso".

EL PARTE DEL SARGENTO ZACARIAS CRESPO

Allá por el año 58 —cerca de cien años ha— en un departamento del centro de la república había un sargento de policía cuyas mentas de hombre cumplidor de su deber volaron muy lejos. Uno de los episodios de su extraordinaria vida, que vamos a narrar, es tan real y verdadero como el sol que nos alumbra, o la luna que a veces no nos alumbra. Dudar de él sería dudar de la historia, negarlo equivaldría a asesinarla.

El Jefe de Policía del departamento en cuestión era un funcionario severísimo y duro; dureza y severidad escudadas en un valor de león. Con él, subalternos y pueblo tenían que hilar fino o de lo contrario emigrar.

Durante su administración y en una de las secciones rurales actuaba el mencionado sargento Zacarías Crespo. Viviente encorpado, fiel a la disciplina policial, dado a la lectura de textos heroicos. En una de sus idas al pueblo y estando en la casa del Juez, sobre la mesa del escritorio de éste, mientras aguardaba una resolución, vio y comenzó a hojear *La Ilíada*, que sobre el bufete estaba. Cuando el juez entró a la pieza lo halló de pie, en medio de ella, y tan sumido en la lectura que le fue necesario gritarle tres veces para llamar su atención.

—¿Le agrada el libro, sargento?

—¡Si me agradará, señor Juez! Hombres y venga a ver bailaban en aquellos candombes...

—Bueno, se lo presto.

Pocos días después hubo un asalto en una estancia. En seguida otro.

Sucede que un paisano llegaba y humildemente solicitaba asilo por una noche. Y cuando amanecía, el hombre salía del galpón donde había descansado, atropellaba la casa, disparaba dos truenos con dos descomunales trabucos que cargaba, alzaba lo que podía y salía muy serenamente en medio del histérico griterío de las mujeres y del pasmo de

los varones. Ya su caballo estaba ensillado, y piafante —un moro de gran estampa—; saltaba en él y se hacía humo. Al tercer asalto el Jefe Político hizo presentarse al sargento Crespo. Y le ordenó buscara, prendiera y entregara —vivo o muerto— al bandido.

—Después de cumplir esto, y yo sé que usté va a cumplir, preséntenme el parte correspondiente.

Si la fama del misterioso asaltante comenzaba a abrirse a los cuatro vientos, la del sargento ya había hecho campamento en toda la vasta extensión de veinte pagos. Y el bandido, una noche, ignorado entre la clientela, en la pulpería de Jesús Nievas, el Mocho, oyó en el comentario general que el sargento Zacarías había salido en pos suyo. Fue cuando decidió cambiar de ambiente. Lo hizo. Pero el sargento ya le había olfateado el rastro...

Y el perseguido empezó a sentir el acoso tenaz, inexorable, de la autoridad con jinetas; resolvió marchar siempre rumbo al sur.

Y trepó y bajó sierras, cruzó arroyos y ríos, atravesó cañadas y montes, siempre rumbo al sur y siempre en sus talones la sombra del afamado sargento...

Hasta que cierto mediodía llegó hasta la misma orilla del anchuroso Plata. Y lo contempló suspenso de su serena grandeza...

Y ahora vamos a copiar el Parte que el Sargento Zacarías Crespo elevó a su jefe, copia sacada del documento oficial que a la vista tenemos.

—Señor Jefe Político. Como Vuecencia me ordenó, el día 28 de noviembre salí en persecución del perdulario que asaltó la estancia de don Melgarejo, la de don Reyna, y la de la viuda de Achar, ande dejó el tendal de llorones y se alzó con dinero y priendas de los citados. El primer envión que pegué fue en la pulpería de Jesús Nievas por mal nombre el Mocho. Cuasi iba mirando el polvo que levantaba en el corredor el montao del bandido que como se sabe es un moro de pata fina y encuentro ancho. Asina seguimos por sobre una semana. El hombre se asentaba y se escondía en un pago, y cuando yo ya le taba pisando el chiripá pegaba el volido que ni perdiz. Yo cavilaba: ha de haber hecho vaca con Mandinga, pero yo la había hecho conmigo mesmo. Y me acordaba de un libro que el señor Juez don Lindoro Alonso supo prestarme, y que no se lo digo aura porque el nombre entodavía no se me ha clavao en el mate, que pinta unos sucedidos riales y verdaderos de varones que supieron sacudirse con masculinos como ellos de fieros y corajudos, como también con brujos muy superiores y brujas

del mesmo modo, alcanzando a llevarse todo por delante, como quien arrea borregos, a lanza y corvo. Y sigo el parte pidiendo desculpa a Vuecencia por haberme salido de la senda y pasao el andarivel; pero fue solamente por acordarme de hombres de los que he tomao leción muy suficiente. Como le iba diciendo, el perdulario se me zafaba de entre los dedos como anguila macho. Y asina seguimos, él juyendo y yo errándole tarascones. Ya habíamos cruzao más de muchas leguas, pulpería por aquí, rancho por allá y hacienda más allá. Yo llegaba y él recién se había ido. Pero si el moro de él resollaba juerte mi pangaré bufaba alto. Y en ese juego de gata parida en el que yo cinchaba y él aflojaba, llegamos hasta una estancia llamada de los cinco ombuses, con dueño vasco él pero muy acriollao. Llegamos sobre el mediodía mi pangaré y yo, espumando y lenguas ajuera. Y el vasco, llamao Inacio Iturburralde (me parece que se pone asina pues sabe vuecencia que vasco es arrevesao hasta pa el apelativo) me comunicó verbalmente y de palabra que el matrero había amargueao temprano, churrasquiao más tarde y que en esa hora iría en el rumbo de unos paraísos que se veían muy lejos. No quise saber más nada y cerré piernas a mi montao. Alcancé a sentir el griterío del vasco diciéndome que comiera primero y dispués cumpliera la comisión, que las tripas deben gobernar al hombre y no el hombre a las tripas, y que sé yo. Pero yo ya iba tendido sobre el recao. Pasada una hora del mediodía según carculé por el sol, vide espejear adelante mío algo que pasaba de arroyo y sobrepasaba laguna. Un agua larga que se perdía de vista y ancha que no se veía el monte de la otra orilla. Y me juí arrimando al trote corto porque el pangaré ya aflojaba las patas. Y como me iba arrimando vide un playo grandote, y en la mesma linia del playo con el agua me encontré con el moro del bandido, desensillao, y patas arriba refregándose el lomo en el arenal. Y desculpe Vuecencia por lo que paso a comunicarle. El hombre se había hecho con un bote y cinchando muy superiormente a remada por resuello se iba perdiendo de vista, lagunón adentro que ya parecía un pato. Pero el deber es el deber. Resolví azotarme en el agua con mi pangaré, prendido de la cola pa aliviarle en algo, y seguir la raya que iba dejando el bote. Cosas más fieras habían cumplido los varones del libro que me prestó el señor Juez ya nombrao. Y el pangaré dentró medio a desgusto, pero dentró. Y se dio en braciar despacio que no daba pa más. Yo de vez en cuando tragaba un buche del agua aquella que más que agua parecía adobe pa un asao. La olada era mansa, ten-

dida, pero castigadora. Carculé en media hora el trabajo del pangaré cuando el pangaré resolvió no seguir. Y tornió las patas, quebró el cuerpo y enderezó de vuelta pa el playo. Yo ya había determinao seguir a nado, pues dispués de palmiar el montao primero, de darle tres chirlazos dispués, y soltar tres alaridos, vide que no habería poder ni juerza que lo hiciera volver al trillo, y que sus razones tendría pues yo mesmo lo había domao y sabía los puntos que calzaba. Pero me iba acordando mientras me desprendía la casaquilla y atravesaba el sable sobre el cogote que el nado más grande que había hecho jue en el arroyo de los Bagres que no alcanzaba a una cuadra de ancho, y que había llegao al otro lao haciendo hipos y arcadas. Esto jue, según Vuecencia sabe, cuando corretiamos al pardo Simón Trujillo, que se había cortao de la comparsa de esquiladores que habían abigeao unas mulas en la hacienda del brasilero don Himalaya de Rosa. Y entonces le seguí el lance al pangaré, hasta llegar al playo. El perdulario ya se había perdido de ojo. Es todo lo que tengo pa llenar el presiente parte, señor Jefe. Pero le pido a Vuecencia, con toda la juerza y el respeto que caben en un pedido del subalterno sargento de polecía, que me consiga un bote en la costa de la estancia del vasco susodicho, y un asistente na más que pa darle al remo, y yo le traigo de cuerpo presiente al ladrón, malevo y forajido que se me juyó. Ande él llegue yo llegaré y ande pare le echaré la zarpa. Esto lo juro por Dios y por la Patria. —Sargento Zacaría Crespo.

EL TELEFONO DE LA TERCERA

Buena Vista, menos que un pueblo y más que un rancherío, quedaba a unas tres leguas de la capital del Departamento. Habían allí dos comercios fuertes de ramos generales. Y la comisaría de la tercera sección. Cuando el gobierno decidió que cada jefatura tuviera su red telefónica con todas las seccionales policiales, allí fue la primera en instalarse.

Cerca de Buena Vista vivía Cirilo Retamoso, más conocido por el Bagre. Este hombre poseía un carro al que prendía dos caballos. Negociaba yendo y viniendo, trayendo y llevando. En la ciudad contaba con un amigo íntimo: el Cabo. Este viviente había ingresado en la policía, donde llegó hasta cabo. Cuando se vio con la escuadra cosida a la manga se le hizo el campo orégano —como quien dice— y empezó a tallar por encima del sargento, luego del segundo y así que quiso rebasar al comisario éste lo dio de baja después de una soba de arreador que le dejó un escozor en el lomo por espacio de un mes. Llegando el Bagre al pueblo con él se encontraban. El Cabo lo ayudaba a repartir azúcar, yerba, café, rapaduras, etc., etc., que aquél traía a hurto de la Aduana. Luego ganaban el boliche de Maneco Viruela y caían en una orgía de sardinas y vino.

Cierto amanecer de verano, a punto de partir el Bagre, el Cabo le dijo:

—Decime una cosa, Bagrecito querido... (cuando el Cabo pronunciaba este Bagrecito querido, en esas dos palabras entraba el agradecimiento por las sardinas y el vino con que el Bagre lo homenajeaba semanalmente, y el sentimiento de una hermandad de bellacos del mismo calibre) cada viaje de venida tráis el carro lleno, y volvés de vacío...

—No sé que querés que lleve pa la Buena Vista.

—Mirá, hermano...

Aquí el Cabo comenzó a rascarse la cabeza por lo largo y ancho. Luego siguió:

—Mirá Bagrecito querido: aquí hay más de cuatro gallineros muy suaves de manejar. Vaciamos uno a la media noche y antes que aclare vos ya estás con las emplumadas de aquí una legua. No te faltarán estancias pa colocarlas; en la mesma Buena Vista, hermano, poderás cambiarlas por güenos patacones.

En hondo silencio quedaron ambos: el Cabo meditando en lo fantástico de su propuesta; el Bagre como si le hubieran descubierto una mina de oro. Al fin éste habló:

—Hermano: pa de aquí una semana vuelvo. Aceto el negocio.

Seis días después arribó a la ciudad el Bagre. Sujetó el tiro frente a lo de Maneco Viruela, centro de su actividad. Al día siguiente, alta la mañana, el surtido había sido colocado y cobrado. Llegó la hora de abrir latas y destapar damajuanas. Al anochecer ambos estaban en el paraíso... Y a media noche, el Cabo, con un sentido de la disciplina más agudizado que el del Bagre, sentóse de golpe sobre los cueros donde dormía. Y llamó a su camarada.

—Bagre, dejá la roncadera y vamos que ya tengo un gallinero mercao.

Doblando calles llegaron a un cerco. Paró el carro, el Cabo voleó una pierna... y casi en seguida empezó a entregar las gallinas, de dos en dos, al Bagre. Como por arte de magia —en realidad el Cabo era un mago en esto de levantar gallineros— quedó el del gallego Ron vacío.

Una semana después la fiesta en lo de Viruela fue sonada; lo brillante del negocio hecho deslumbró a Bagre y Cabo. Y así fueron pasando los días en tanto algunos gallineros de la ciudad fueron quedando desiertos. Hubo una seria alarma allí, sobre todo entre los propietarios de catalanas, bataraces, etc. El grito que se levantó llegó hasta la Jefatura... hasta que alguien en la policía de la primera, alguien zahorí en estas peladuras —de gallineros o de lo que fuera— dio con la clave del asunto. Por eso, cierta mañana que a la policía llegó lengua afuera el portugués Martins, hombre rico, denunciando que había amanecido su casa con el gallinero limpio, el tal zahorí le pidió que si le era posible diera la lista completa de las aves rapiñadas. El portugués la dio, con amplios detalles. El empleado fue a la Jefatura, le dio manubrio al teléfono.

—¿Habla el comisario de la tercera?

—Sí señor, a la orden.

—Va a pasar por ahí el Bagre manejando el carro. Deténgalo.

Y le dio la lista de lo que había alzado, junto al Cabo, de lo del portugués.

Bien. El Bagre había dejado la ciudad oscuro aún. Sobre las ocho, más o menos, iba sobre el camino frente a la comisaría. El comisario y el sargento Quiroga le dieron voz de alto. El Bagre acató serenamente; no sabía lo que le esperaba.

—Bajate, Bagre. En el carro traés ocho galinas bataraces, once catalanas, un gallo blanco grandote, un cenizo casi pollo, y un garnicé que, según su dueño, es más compadre que pucho de negro, todo abigeao por vos y el Cabo, tu compinche.

Pálido quedó el Bagre, primero, lívido después. La lista era exacta. Pensó que nadie lo había pasado en el camino, el Cabo había quedado en el pueblo. Hecho estatua permaneció un momento. ¿Sería brujería aquello o estaría soñando?

—Bueno, bueno, marchá pa adentro —dijo el comisario— mientras hacemos el recuento del bicherío.

Entró al local el Bagre y cayó sobre un banquito, abismado. Cuando entraron el comisario y el sargento dijo, muy respetuosamente, poniéndose de pie:

—Señor comisario: ta bien, he robao tuito lo que usté ha dicho sin más y sin menos. Pero dígame una cosa: ¿cómo y por ande le llegó la noticia del levante del gallinero y los pelos y señas de las ponedoras y demás?

El comisario lo miró un instante. Después dijo:

—La noticia me llegó por ahí, por ese aparato.

Y le señaló el teléfono.

—Vea, comisario, no jaranée conmigo que bastante tengo con la cuenta que he hecho.

—Ah, ¿no querés creer? Vamos a ver, pues.

Llamó a la Jefatura. Cuando le contestaron habló:

—¿No anda por ahí el Cabo?

—Ya está entre las rejas.

—Hágalo ir al teléfono y que le hable a su aparcero, que aquí lo tengo.

Y cuando le dijeron que el Cabo estaba frente al teléfono, el comisario le dijo al Bagre:

—Ponete frente a esa boca y juntá en la oreja este canuto.

Y él mismo lo ayudó a colocar sobre el oído el auricular. Y gritó:

—¡Hablá, Cabo, que te va contestar tu amigazo el Bagre!

El Bagre al sentir las primeras palabras del Cabo se sintió impresionado, mas no convencido; pero al oír este clamor: —¡Bagrecito querido, pagamos vale, Bagrecito querido, aquí me tenés en las guascas por lo del portugués, que Mandinga se ocupe de él es lo que le pido a nuestro señor! ¡Se nos acabaron las sardinas, Bagrecito querido, y aquel carlón colorao y espeso como sangre de toro!... ahí fue que una profunda emoción dio con su alma en tierra. Y no tuvo otra salida que desmayarse.

* * *

Cuando el Bagre fue puesto en libertad vendió carro, caballos y rancho. Y ganó el monte. Pasado un tiempo lo encontró el comisario de la tercera, que andaba de recorrida.

—Bagre, ¿qué te ha dao por vivir a lo capincho?

—Mire, comisario: aquí viá seguir viviendo hasta que entriegue la rosca. Pesco, cazo a cimbra algún volátil, voy tirando. Pero dir otra vez ande me crié... Vea, señor comisario: de solo ver un poste y un alambre, sea cerco de estancia o el chismoso de la polecía, me dentra un mareo que me deja tieso por horas. Del monte no salgo más, señor comesario.

SHERLOCK HOLMES CRIOLLO

Tormentoso fue aquel amanecer de diciembre en la estancia del comandante Figueredo. Dicho comandante, muy madrugador, salió de su pieza y pasó a la del lavatorio. Cuando volvió para vestirse notó que en su mesa de luz faltaba algo: nada menos que un arma que había pertenecido a su bisabuelo la cual, de generación en generacón, había llegado a él. Era de cargar por la boca. Disparaba merced a un gatillo que chocaba con un pedernal cuya chispa encendía la pólvora del oído que comunicaba con la del caño produciendo luego un estruendo semejante a un trueno. La boca del instrumento mortífero vomitaba un relámpago al que seguía una densa humareda que al despejarse dejaba ver el resultado —trágico a veces— del cataclismo. Esta pistola llevaba grabada en la culata un nombre: yarará, en el que se enroscaba una víbora de imponentes colmillos.

Figueredo sentía un amor y un respeto fantástico por ella. Decía: En el gatillo y en la boca de esa pistola está la historia de tuita mi familia, historia como pa ser escrebida por facultativos y cantada por payadores. Estaba permanentemente sobre la mesa de luz del hacendado.

Pues bien: el comandante entró de nuevo en su dormitorio —como dijimos—; la pistola había desaparecido. Había dormido al lado de ella. Cuando volvió del lavatorio no estaba allí. A su mujer, que aún roncaba, le gritó:

—¡Atanasilda, la yarará se ha hecho penche y mesa limpia!; y jue en este mesmo momento que yo salí, me remojé y volví!

—¡No puede ser! —gritó ella sentándose en el lecho con los ojos como bochones—; ¡debe haberse caído!

Pusieron la pieza patas arriba. La pistola no apareció. Aquí fue cuando el comandante comenzó a vociferar. Armó un concierto tan sonoro que no pasaron cinco minutos que todos los hombres y mujeres de la estancia estuvieran junto a la ventana de la habitación del hacendado, que daba al campo, unos, y a la puerta que comunicaba con tal

pieza, otros. Se abrió luego como un milagroso abanico, sobre patios y galpones, el comentario; después se hizo un silencio impresionante. En medio de ese silencio salió al campo, lívido, el comandante, cubierto sólo con camiseta y calzoncillo, pues el conmovedor problema hizo que olvidara las otras prendas de vestir. Miró a los cuatro vientos en tanto algunas mulatas y negras tapábanse los ojos entre pudibundas y alborotadas. Al fin el hombre habló:

—A ver, capataz, vaya usté mismo a la comisaría, dígale al capitán Cardozo lo que pasa, y tráigalo.

Este capitán era señor de grandes mentas. Cuatrereada o contrabando que alteró el pago, por él fue descubierto en forma asombrosa. No había zorro más zorro que él.

Llegó a la estancia. Figueredo lo recibió:

—Güen día, capitán. Desculpe que lo haya hecho galopiar tan de mañana. Pero vea...

Y lo puso al corriente sobre el caso. Sentóse el comisario en un ancho sillón de la sala, pidió que le cebaran mate. Y mientras chupaba la bombilla se dio en mirar y preguntar y meditar. Luego almorzó, pidió licencia para echar una pequeña siesta, volvió a pedir mate... Y así pasó amargueando, desayunando, almorzando, sesteando y cenando tres días. Al cuarto, de mañana, frente a Figueredo, le dijo:

—Nunca me topé con asunto tan fruncido como éste. He preguntao, y mirao hasta la mesma entraña de tuitos; he hecho revisar hasta el rincón más escondido, y nada...

Y en ese son continuó hasta que pasó cerca de ellos el mulato Cirilo Piñeiro. Se detuvo y les habló de esta manera:

—Con la venia correspondiente y pidiéndoles desculpas por la baza que meto sin estar jugando les viá hacer una pregunta: ¿Quieren que les descubra ande paró el vólido de la yarará?

Figueredo y Cardozo lo observaron un instante. El comisario dijo:

—¿Vos? No te veo uñas pa guitarrero.

—Pero pué ser que las tenga pa tamborero, capitán —respondió el mulato— y si quiere aura mesmo le digo.

—Mirá —terció el estanciero—, creo que escucharte va ser como buscarle pelos a una tortuga; pero como cosas piores se han visto te digo: si me descubrís ande jue la yarará te doy lo que me pidas pues me descubrirás algo que pa mi vale más que la estancia con tuito lo que ta adentro y ajuera.

—Pues vamos pa la sala —expresó Cirilo—, ande nos sentaremos y ande le diré al capitán cómo se le sigue el tiento a un lazo, anqué conozco lo alarife que es pa estas cosas.

Y allá fueron donde el mulato comenzó a cebar mate y a participar de él.

—Vea, capitán —comenzó—, la pistola se hizo humo en el mesmo momento que el patrón jue a lavarse, asegún lo dicho por él, cosa que no hay que dudar, una: porque la cela y cuida más que a su mesma mujer y, otra: porque el bochinche que armó al no verla jue de tan alto calibre que ni usté ni naide poderían dudar que decía verdá. Y esa pistola y cualisquer otra cosa, a no ser pájaro o palo de fogón, no cuentan con el aire pa dirse y perderse. Asina es que la pistola no se jue por ese lao. Antonce ¿quién la alzó? Ahí es cuando tiene que agarrar la punta del tiento, capitán.

Tomó su mate correspondiente el mulato mientras sus ojos chispeantes iban de Figueredo al comisario. Luego siguió:

—Antonce el que levantó la yarará tuvo que ser cristiano viviente por ande lo busquen. Ese cristiano no pudo dentrar por la puerta; el patrón lo hubiera visto. ¿Por ande dentró? Por la ventana que da al dormitorio del patrón que, por ser verano, no la dejaba cerrada del tuito. Y acá ya tenemos medio tiento agarrao. Si jue por la ventana tuvo que dejar alguna güeya. Yo la busqué. Aquello ta muy batido porque cuando la tremolina que levantó el patrón allí se amontonó la peonada. Las marcas que dejaron van y vienen a un mesmo rumbo: del galpón pal galpón. Pero hay una que va pal campo, capitán, y esa es la que tal vez nos lleve hasta la pistola y que usté, como mentao perdiguero, debió procurarla y seguirla. Esa güeya ta bien debujada en el sendero arenoso que rodea la casa: marcas de patas machazas; la izquierda tiene, entre el dedo grande y el otro, una abertura de más de un geme: pata de domador, capitán... Pero díganme una cosa: ¿por qué no vamo a verla y seguirla?

Figueredo estaba suspendido de las palabras del mulato. Gritó:

—¡Vamos!

Salieron y se detuvieron frente a la ventana del dormitorio del estanciero.

—Miren —habló Cirilo—, esa es la güeya. Usté debió buscarla, capitán, y dispués hacer pasar de a uno en fondo tuito el machaje de la estancia, ponerlo patas al aire... Güeno, esa güeya sigue y se pierde

en el pasto; pero en el pasto no iba a terminar. Yo la vide resucitar frente al galpón. Y en ese galpón...

Aquí se sumió en un silencio profundo el mulato, silencio que hizo latir fuerte los corazones de Figueredo y Cardozo: aquél por el apego sin límites que sentía por la pistola; éste por sentirse herido en su amor propio y encelado ante una ciencia al parecer superior a la suya.

—¡Seguí! —explotó el estanciero.

—Poco tengo que seguir, patrón. ¿Sabe de quién es esa güeya?

—¿Cómo querés que sepa?

—Es mía, patrón.

—Entonces...

—Antonces la yarará jue levantada por yo. Mucho amanecer pastorié en la ventana, hasta que en uno sentí clarito a usté salir del cuarto y roncar a la patrona. Empujé la hoja, salté a lo gato pa dentro y pa juera. Tomé la pistola, patrón.

Colgada de la cintura y muy bien tapada por la bombacha estaba la yarará. El capitán vociferó ásperamente:

—¡Date preso, bandido!

Pero el comandante, luego de abrazarse con el arma y besarla, dijo:

—Espere un poco, capitán.

Y dirigiéndose al mulato:

—¿Por qué la robaste?

—Pensando que usté iba a ofrecer tuito lo que ofreció. Pero yo no le pido nada más que el puesto de la costa, que se lo vengo pidiendo va pa dos años. Póngame de puestero allá, patrón, y creo que la estancia no tendrá tanta merma de ganao como tiene. Vea que entre el puestero Mujica y los compinches que tiene pasan mucho animal pal otro lao de la linia...

Pensativo permaneció un instante el hacendado. Y habló después:

—Usté, capitán Cardozo, puede dirse, pero sin el pión Cirilo que ha hecho la gauchada de descubrir lo que usté no pudo, con tuitas sus mentas, y la de decirme quién es Mujica. Mañana mesmo te hacés cargo del puesto, Cirilo.

EL RAPTO

El asunto cada vez se ponía más tenso. Nicanor se arrimaba al trote, a una cuadra de la casa emitía un silbido, la niña asomaba, él sujetaba, se apeaba y ahí nomás empezaban un diálogo tejido, puerta afuera, pues el padre de ella había prohibido que el mozo pisara el umbral de la entrada. Esto se daba cada tres días. Murmuraba el mozo, la niña sufría y el padre bufaba.

—Vea, m'hija —le manifestó últimamente—, no puede ser que siga esa relación, se lo digo por las güenas. Trate de cortarla, no haga porque la corte yo que a lo pior la corto a cuchillo. Ese hombre es un perdulario.

—¡No es un perdulario, tatita, ta muy equivocao, tatita!

—Ese hombre ha hecho querencia en dos o tres pulperías ande vive de timba corrida y de chupandina más corrida entodavía.

—¡No es verdá eso, tatita! Va a la pulpería como van doscientos, la carpeta que gasta es en algún truco inocente y las copas que levanta no pasan de tres. ¡Ah, tatita, y cómo le han llenao el mate de chamuchina!

La cosa se agudizó una tarde que don Maneco Pimentel —padre de la niña citada— volvía del campo. Los vio pegados a la puerta, trenzados los veinte dedos. Como el hacendado traía una carga regular de ginebra —que con bitter había mezclado en la pulpería de Rastrillo— la ira le estalló allí mismo. Se tiró del montado y en tres saltos estuvo frente al par. Se dirigió a Nicanor:

—Vea, don: ya le he hecho decir, va pa dos o tres veces, que no me pisara más mi casa. Aura se lo digo yo mesmo. ¿Mando o no mando yo aquí? ¿Quién es usté pa subirse sobre mi mando?

El mozo dio un paso atrás. Con voz grave repuso:

—Ta bien, don Maneco, no vendré más, usté manda aquí. Pero yo talvés mande en otro lao y en ese otro lao talvés me manden a mí. Asina es que, veremos...

—¡No tenés nada que ver, alacrán rabón! —alzó la voz Pimentel,

ya caído en la cólera del todo.

Nicanor lo miró muy serenamente. Dijo:

—¿Rabón? Algún día pué que sienta la cola... Adiosito, Julieta.

Y un amanecer la negra Ciriaca Rojas, encargada de llevar todos los días el desayuno a Julieta, se presentó ante don Maneco, blancos los ojos.

—Don Maneco, la niña no ta en el cuarto ni en nengún lao.

—¿Cómo, como?

—En nengún lao. Tié que haber juido.

Don Maneco, que ya tenía ensillado su flete de trabajo, sin decir esta boca es mía estuvo en lo alto del recado y no pasaron tres segundos que iba como alma que lleva el diablo rumbo a la portera de salida. Al poco rato llegó a la comisaría en procura del mayor Miranda —comisario del pago—, y juntos salieron de ella, desalados.

Este Miranda era de la amistad de Pimentel. Tenía un hijo estudiando en el pueblo, y ya le había echado el ojo a Julieta —y a lo que heredaría Julieta— para él. Cuando el hacendado le comunicó que su hija a esa hora iba galopando, quizá, en ancas de Nicanor, se le erizó la pera y se le enchuzó el bigote.

—Han de dir por la senda de la sierra... —habló.

Y allá enderezaron ambos tragando aire y clavando espuelas.

Ya iba más de una hora corrida. El sol requemaba, espumaba la boca de los caballos y el rostro de los jinetes relampagueaba de sudor. Al doblar bruscamente una curva del camino Miranda se alzó sobre los estribos.

—¡Allá van! —gritó señalando un bayo elástico y sobre él dos vivientes.

—¡Son ellos mesmos —tronó don Maneco—; aura vas a pagar tu cuenta, perdulario!

—¡Le pido la bolada, don Maneco, el mojinete se lo barro yo!

Y ahí mismo fue el estirarse sus montados respondiendo a las feroces puntas de las nazarenas. Ya estaban a cien pasos de los que adelante iban cuando los alaridos de don Maneco y del mayor Miranda sacudían los ámbitos de la sierra, rebotando sobre sus gigantescas piedras. La carrera se hizo dramática.

—¡Sujetá sotreta! —bramaba Pimentel—. ¡Te viá cantar las cuarenta!

—¡Parate y date preso, forajido —vociferaba el mayor—, esta noche vas a dormir en el estaquiadero!

El caballo de los que huían, de golpe clavó las patas. Trémulos y desorbitados, estanciero y autoridad les hicieron ronda. El mayor comenzó soltar denuestos contra Nicanor llevando a veces su diestra a la empuñadura del sable. Entonces se escuchó, vibrante y aguda, la voz de Julieta:

—¡Cállese, Mandinga, chivo de pera carcomida! ¿Qué se le ofrece con tanto candombe y tanto ruido?

—¡Cómo qué se me ofrece! ¡Prender a ese bandido!

—¿Por qué?

—Porque va juyendo con vos dispués de haberte pelado de tu casa, ¡canejo!

—¿Pelado? Vea, pedazo de buey corneta, que yo voy en caballo mío, marca de mi tata, llevando a Nicanor en ancas. ¡Soy yo la que lo he pelado a él!

Recién Pimentel y Miranda vieron la situación real, que no habían analizado a fondo en medio del estrépito del acoso. Boca abierta comprobaron la verdad de lo dicho por Julieta. Quedaron mudos un instante, de moco caído como pavos rastrojeros, valga el decir vulgar. Y Julieta siguió:

—¿Ta viendo, carcamán achivao, ta viendo, tatita? Es a mí que me tiene que prender y estaquiar la autoridá; yo soy la que he robao a este hombre, soy yo la que voy juyendo con él.

El mayor comprendió que con aquella maniobra —que la juzgó satánica— el bien se le escapaba: la parentela futura con don Maneco, el campo, el caserío... Y decidió jugar su última carta. Clavó espuelas, paró de manos a su montado en un alarde de jinete, y gritó:

—¡Aquí no hay más perro que el chocolate! ¡Y basta de preludios!

Sentó el moro haciéndole crujir la boca de un sofrenazo, boleó la pierna y cuando puso pies en tierra peló el sable que salió de la vaina con un chirrido siniestro. Y atropelló rectamente a Nicanor.

—¡Bajate gavilán sin pico si no querés que yo te baje de un planchazo! ¡Y bajate sin mermurar ni...

No pudo terminar el requerimiento. El mozo cayó junto a él facón en mano y de un revés le hizo volar el quepis como a veinte pasos. Y desató, a segundo seguido, una tempestad de mandobles, fintas, amagues, puntazos y hachazos que el mayor, en el mismo centro de ella, no sabía cómo hurtar el cuero. Quebrábase, se encogía, estiraba, botaba y caracoleaba.

—¡No lo matés! —gritó en una de esas Julieta.

Nicanor cortó la tormenta. Sonriendo, exclamó:

—Mirá, Julieta: nunca maté borregos sarnosos...

Y al mayor, en tanto envainaba el facón:

—Mayor, levante su bonete, envaine el corvo, monte y vaya a la comisaría a que le peguen los botones que le saltaron de la chaquetilla.

El mayor, en lamentable estado, con tres o cuatro chichones que se le iban precisando nítidamente en la cabeza —allí donde el lomo del facón de Nicanor había tocado— se dirigió a don Maneco que desde lo alto de su caballo, suspendido y espantado, había contemplado aquella extraordinaria esgrima:

—¿Qué le parece, don Maneco?

Y don Maneco respondió:

—Me parece, mayor, muy güen consejo el que le ha dao este hombre. Vaya, dése un baño de salmuera, haga una siesta larga pa sosegarse, y corte este asunto. Yo me llevo este mozo pa la estancia, creo que es muy suficiente pa capacitármela...

EL PIRU FLEITAS Y LA LIBERTAD

En el negocio de Solano el alboroto era grande. El gobierno había ordenado la leva. En aquella zona correspondió hacerla a un sargento de caballería que con tres soldados iba cumpliendo su misión de estancia en estancia, de rancho en rancho y de pulpería en pulpería. Era, el sargento, un indio grandote, ceñudo. Después de cumplir diez años había seguido su vida merodeando en el cuartel del pueblo, haciendo tal o cual changa a los oficiales, comiendo del rancho. Al cumplir diecisiete sentó plaza. Entre diana y oración, voces de mando y guardias formó su personalidad. Saltó a cabo y de ahí a sargento. Era duro, disciplinado, rígido. Y de la total confianza de sus jefes.

Solano hablaba:

—Antiyer tuvieron aquí dos piones de don Lemos. Iban juyendo. Dijeron que en la estancia alzaron cuatro hombres y dos gurises pal enganche. No hubo tu tía. Don Lemos pidió, las mujeres de dos de ellos lloraron y uno se retobó. Marcharon tuitos y al del retobo el sargento le dio una tunda de sable que lo dejó más ladeao que una tapera.

—Va a ser cosa de dir aprontando caballo y pasar la linia —dijo uno de los parroquianos—, no nací pa güey.

Y el comentario se estiró y siguió estirándose hasta que un paisano que había salido al campo entró al negocio como gato que le pisan la cola, lívido, tartamudeando:

—¡Ahi ta la leva!

Y ya se sintió el golpear de cascos contra el camino y el inconfundible sonar de los sables. Tan inesperado fue aquello que un pardo quedó con el brazo tieso a mitad de camino, el vaso entre mesa y boca. Se encuadró en la puerta el sargento. Luego entró y tras él los tres milicos de escolta.

—Güen día señores todos.

Se oyó en respuesta un güen día general velado, temeroso.

—El gobierno ha ordenao la leva y aquí toy yo haciéndola. Así es

que todo lo que sea vago o ande en el bandidaje lo viá levantar aura mesmo. Y les viá prevenir una cosa: al que se altere yo lo desaltero en dos tiempos.

Sentóse junto a una mesa, pidió cuatro ginebras grandes, abrió un cuaderno, echó mano a un lápiz.

—¡A ver, vos!

Sus ojos se clavaron en un negrito que contra el mostrador estaba.

—Arrimate. ¿Cuál es tu oficio o trabajo?

Acercóse vacilando el negrito.

—Yo, señor, trabajo de changa en las estancias. Pué aviriguar...

—¡No tengo nada que averiguar! ¿Estás changando aquí en la pulpería recostao al frasco? ¡Tas enganchao, decime tu nombre!

Y así comenzó su serie el sargento. Ya llevaba tres anotados cuando le tocó el turno al mulato Fleitas, a quien le decían el Pirú.

—¡A ver, vos!

—¿Es conmigo la cosa? —dijo el Pirú.

—¿No ves que te toy mirando y señalando?

—Ta bien, ta bien. ¿Qué quiere conmigo?

—Me parece que a vos te viá levantar más alto que a estos otros. ¡Arrimate, pues!

Con tardos pasos Fleitas se enfrentó al sargento.

—¿De qué y ande trabajás vos?

—Trabajo ande y en lo que se cuadre.

—Así es que si se cuadra cuatreriar allá tas vos...

—Cuatreriar no es trabajo legal, sargento.

—¿Y qué es, tonces?

—No le conozco el nombre. Sé que pa mí es a veces más espinoso que trabajar por lo derecho. Pué ser un despunte de la necesidá.

El sargento observó un instante al mulato. Le pareció de lengua muy sobada, cosa que repudiaba.

—¿Así es que trabajás ande cuadre? Güeno, aura vas a trabajar en el cuartel. Tas enganchao. ¿Cómo es tu nombre?

El Piru se irguió, sus ojos fulguraron.

—¿El qué?

—¡Cómo es tu nombre, he dicho!

—Vea, sargento: usté va a marchar conmigo, pero dijunto. Y no sé si de dijunto poderé colgarme una lata. Yo vivo en el rancherío de Las Mulitas, ande tengo una china que lava pa tres estancias, y cuatro

gurises. Entre ella y yo los mantenemos y crea que los mantenemos gordos. Y enseñándoles a cinchar. Uno le carga la ropa a la mama, otro acarrea leña y agua pal rancho, el de más acá se encarga del caballo que tengo y de seis gallinas y un gallo que criamos, y el último entodavía mama. Y aura viene usté y sin aviriguar más nada me engancha, toca conmigo, la china queda sin amparo y a los gurises que los cuide mandinga...

Se hizo un silencio angustioso en la pulpería. El mulato siguió luego:

—Le viá decir una cosa, sargento. Tuve un tío bisagüelo que nos contaba que el viejo Artigas levantó el poncho un día y rumbió pal otro lao de la frontera. No quería aguantar coyundas duras. Y el pueblo, tuito el pueblo, mujeres y hombres, viejos y gurises, indios, negros y rubios le hicieron la retaguardia. Cuando pasó la linia la pasó con tuito ese pueblo que, como él, no quería que le pusiesen yugo. Y aura usté anda, bien comido y bien armao, enyugando gente, tratándonos como a güeyes. Me mandara a mí el gobierno que juera a hacer esa changa y la cara se me estiraba de vergüenza. Porque esa changa es pior que cuatreriar, timbiar o mamarse a tuita hora. Usté, y desculpe sargento, no ha de tener mujer ni hijos, y creo que hasta ni conoció mama. Un hombre grandote y bien plantao como usté se ha rebajao pa cumplir tarea tan oscura como la que anda cumpliendo. Ese pobre negrito que usté anotó en ese cuaderno va dejar su mama llorando y en su rancho tristeza; esos dos mozos que ahí tan, asustaos como cristianos que se enfrentan a un ánima en pena, también dejarán atrás de ellos alguna lágrima y a ellos también se les caerá alguna. Pero lo pior no es eso; lo pior es que tuito eso va contra la voluntá de ellos. Por eso le digo, sargento: a mí me va a llevar, pero estirao y duro, atravesao en el lomo de algún matungo. Y dispués que llegue a su cuartel dígale a sus jefes que el dijunto que lleva es uno que supo ser hombre: hombre por el cariño que le tuvo a su china, a sus hijos y a su libertá que usté quiso pisotiar y que por ser más grande y más empinada que usté con tuito su gobierno él prefirió morir a perderla.

Calló el Pirú. Se oyó clarito el zumbar del mosquerío y el resuello de los que allí estaban. El sargento, a medida que el discurso de Fleitas tomaba vuelo, había ido humillando su cabeza. Quedó un instante doblado sobre la mesa. Luego se enderezó. Miró fijamente al Pirú y le dijo:

—Mire, amigo: en mi camino es usté el primer viviente que me habló claro y sin miedo. En el cuartel los oficiales gritan juerte y en-

tonao; pero es pa dar órdenes; usté me ha hablao mas juerte que ellos... pero ha sido pa sacarme de la cueva que estoy metido dende gurí.

Y dirigiéndose a los soldados:

—Concluyan esas ginebras, monten y güelvan al cuartel. Y notifiquen al jefe que he resertao.

—Y nosotros desertamos con usté —respondieron ellos.

Cinco minutos después sargento y escolta se esfumaron en la primera curva del camino...

Entonces el pulpero Solano, dirigiéndose al Pirú, le dijo:

—Pero che, Pirú, no hay por ande agarrarte. Vos no tenés china, ni gurises, ni...

—¡Pero tengo mi libertá por la que me jugué entero al sargento; y con ella mañana, o cuando sea, podré agenciarme mujer y no digo cuatro: cuarenta hijos.

RENUNCIA DEL COMISARIO PORTELA
Y DEL CABO LAPUENTE

Hacía tres días —de claro en claro y de oscuro en oscuro— que el capitán Quintín Portela —comisario de la frontera— acompañado por el cabo Donato Lapuente —a quien le decían Escofina por lo áspero que era— andaban tras el rastro de Luis Junco, mozo que vivía fuera de la ley.

Tanto el capitán como el cabo eran zahorís de picadas y montes, de sierras y cortadas. Había habido un choque entre la policía y una cuadrilla. Esta fue deshecha: dos marcharon al hoyo y cinco a las guascas. Pero Junco se les había hecho humo.

Portela estableció un cerco sobre la línea, y él con su subalterno se dieron al trabajo de más pena y riesgo: revisar el espeso monte del Palmar.

El capitán mantenía un odio especial por el citado Junco pues ya iban cuatro veces que le había hurtado el cuerpo y, lo que es peor, que en la primera le había rebajado una oreja con un plomo. Su autoridad y su prestigio tenían ese único lunar; a él solo le correspondía sacarlo...

Y como a las tres de la madrugada, mientras pasaban un abra, Portela se detuvo bruscamente. Había oído el rítmico masticar de un caballo. A lo yaguareté buscó las ramazones y avanzó en la sombra, más guiándose por el oído que por los ojos. Hasta que levantó un maneador; en la punta de él estaba el caballo del que huía. Cerca, hecho una pelota sobre su apero y bajo su poncho, dormía profundamente Luis Junco. Cayeron sobre él, lo maniataron.

—Junco —habló Portela— vas a declararme algo. Dispués pienso degollarte.

Junco, aplastado por el peso del sueño y de su tragedia, respondió:

—Hace tres días que no descanso juyendo. ¡Degüéyeme o déjeme dormir, no estoy pa declaraciones, capitán!

Cayó panza arriba y siguió roncando.

—Andá tráir los caballos —ordenó el comisario al cabo.

Al rato apareció Escofina con dos caballos de tiro.

—Hacé juego —dijo el capitán.

En tanto el indio juntaba unas ramas secas, Portela bajó una maleta y una calderita que a los tientos llevaba. Poco después ambos tomaban mate.

Hasta que empezó a filtrarse en el monte la luz del sol que nacía. En cuanto pudieron verse las caras se allegaron al arroyo a remojarlas. Luego Portela sacudió a Junco hasta despertarlo. El mozo abrió los ojos y los pasó por monte y hombres como si del cielo hubiera caído.

—Güeno —habló el capitán, que era parco en palabras, un ser extraño, solitario, duro e insociable—, ya haberás descansado bien. Declarame unas preguntas que te viá hacer, sin nenguna gambeta; dispués te viá cortar la correría, bandido.

Junco se enderezó sobre sus pilchas, quedó sentado. Dijo:

—Mire, capitán; no sé lo que van a valer mis declaraciones si me va a despenar encima de ellas...

—¡Mirá cascarriento, no le pongás peros a lo que te intimo! El cabo Escofina tiene que oír lo que digas...

—¿Y quién es el cabo Escofina...?

El subalterno dio un salto y encajó una bota en el costillar de Junco, mientras refunfuñaba:

—¡Con Donato arranco y con Lapuente concluigo, deslenguao!

Se dobló el mozo y se estiró después.

—Disculpe, cabo, no le conocía el nombre ni el apelativo; pero como el capitán le dio ese trato y usté no lo patió a lo mula...

—¡Güeno, güeno, basta canejo! —tronó Portela.

Aquí levantó su voz también Junco, le chispearon los ojos.

—¡Basta, sí señor, que estamos estirando muy al ñudo la cosa! Usté dijo que piensa degollarme, no lo dudo. Pero si tiene hijos no lo haga, que yo también los tengo, y chiquitos...

—¡No tengo hijos!

—Hágalo por su doña, vea que la mía va a quedar en el desamparo, capitán...

—¡No tengo mujer!

—Pues entonces por sus tatas, mire que los míos son viejitos, no van a aguantar la pena...

—¡No tengo tatas!

—¿Ni amigos, ni aparceros, ni...

—¡Nada de eso tengo ni he tenido, ni falta que me ha hecho!

Junco intensificó su mirar, que lo tenía clavado en el duro del comisario.

—Pero dígame una cosa: ¿nunca tuvo tatas?

—¡No los conocí; me crié guacho en una estancia, a patada y arreador! Asina es que...

—Mire capitán disculpe que le corte el tiento. Con todo eso encima pué degollarme como y cuando quiera. Pero le viá decir una cosa: por lástima que me tengan los que me van a llorar no van a empardarla con la que yo tengo por usté en este momento. ¡No creí nunca, en el correr de mi vida, que me iba a topar con un cristiano tan desgraciao, tan redotao, y tan basuriao por la suerte como usté!

Allí cerca había un gran árbol caído, abatido quién sabe por qué pamperada, reseco ya. Hasta él retrocedió Portela y se sentó en uno de sus gajos. Y cayó en una abstracción tan profunda que el cabo comenzó a rascarse nerviosamente y mirarlo con azorados ojos desde el ángulo donde estaba tieso sobre el arco de barril de sus piernas.

Los cardenales tocaban primas, los sabiás terceras, y los mangangás bordonas. Pirinchos y benteveos escandalizaban, y a veces un bando de cotorras pasaba envuelto en un chismerío, rumbo a algún maizal distante, en tanto tres patos sostenían una conversación gangosa cerca del camalotal del arroyo. Y el tiempo pasaba, Portela no se movía; Lapuente se rascaba, y a Junco le iba molestando en demasía el sobeo con que lo habían maniatado.

Al fin Portela, sin moverse, desde el esqueleto del ramaje donde se había sentado, habló:

—Decime, Junco: ¿por qué me tiraste aquella bala y me rebanaste una oreja?

—Yo no le tiré a usté, capitán, jue al bulto, al borbollón; a mí también me chiflaban los chumbos...

—Decime, Junco: ¿por qué contrabandiás?

—Porque en la última estancia donde trabajé, el patrón, que es el gringo Padula, nos iba sacando la vida a juerza de hacernos cimbrar el lomo en el campo, pa dispués encontrar un poco de agua sucia y unas tajadas de charque en la mesa. Yo compro y vendo, capitán, pasando por arriba de unos hombres patentaos, que algunas veces se han arre-

glao conmigo. Yo trabajo, capitán, y en ese trabajo dentran el sudor y el arriesgue; pero mis hijitos están gordos y mi mujer contenta. ¡Y yo soy libre de dir y venir, y de no aguantar caprichos y miserias de ningún mandón, que esos sí deberían estar juera de la ley, pues por cada barril o fardo que yo paso ellos pasan rodeos enteros. ¡Yo soy un hombre, capitán, y tengo vergüenza! Pero ¡basta!

Aquí ya estaba en plena efervescencia Junco, olvidado del sobeo y de la autoridad; la cólera le hacía rutilar los ojos.

—¡Degüélleme, pues, sáquese el antojo; pero no me deje patiar más por ese indio ordinario y sin yel, porque...!

Se puso de pie el mozo. Imponía respeto, como lo impone un toro cuando se echa tierra en el lomo y se le enrojece el ojo. Lentamente levantóse Portela y se arrimó al preso; y con manso y suave acento —desconocido en él— le habló:

—Sosegate, Junco.

Y desató el sobeo.

—Ensillá y andate.

—¿Cómo?

—¡Ensillá y andate, te digo!

El mozo fue y volvió con su caballo. Lo ensilló, montó, y dijo antes de romper la marcha:

—Por mis tatas, por mi mujer, y por mis hijitos, le doy las gracias, capitán.

El capitán montó también, respondiendo:

—Y yo a vos por todo lo que me has dicho. Puntiá nomás que me voy atrás tuyo.

Y al cabo:

—Cabo Escofina, ¡levante mi espada y llévela a la polecía; y que se la manden al Jefe! ¡Renuncio!

Y Escofina contestó, saliéndole las palabras de su boca en escupida de trabuco, ásperas y cortantes como pedazos de olla o de nazarenas partidas:

—¡Que la cargue mandinga, canejo! ¡Yo no llevo nada! ¡Tamién me largo con Junco por muy poca yel que tenga! ¡Renunceo! ¡Ya estoy muy abollao con tanta polecía, y tanta escasez de ganao rabón, de frasco y timba!

Una hora después los tres pasaban la Picada Sucia, rumbo al Brasil.

UNA VIDA CAMBIA DE RUMBO

El 16 de diciembre del año 1898 y en el pueblo de San Benito —damos la fecha y el sitio exacto pues exacto es el hecho que vamos a historiar— se dio una actuación policial por parte del segundo comisario del citado pueblo, singularísima en el más alto grado.

A la comisaría llegó un vecino, el día citado, y en forma reservada habló con el comisario:

—Oiga, capitán: en la pulpería del Mellao vide recién apearse un hombre. Ese hombre, sin más y sin menos, era el Gato Amarillo.

El capitán sintió que se petrificaba sobre su asiento. Se trataba de un bandolero que tenía sobresaltado y encogido a todo el departamento fronterizo. Cada vez que cruzaba la línea rumbo al Brasil la huella que dejaba era tétrica: cuando la cruzaba de vuelta, allá del otro lado dejaba otra idéntica. Las policías rurales de dos naciones vivían en constante espanto pues en las defunciones habidas el porcentaje de milicos era muy alto. El comisario reaccionó lentamente.

—Bueno —expresó—, de esto no digas nada a nadie, y menos a tu socia pues chisme en boca de mujer es como si se le defondara el barril al aguatero. Si prendemos al Gato, el gobierno te va a pagar muy bien la comisión hecha; en el parte tu nombre va ir en la primera línea. Andate.

Ido el vecino, el capitán gritó:

—¡Cabo Junco! —Apareció el cabo—. Vaya a lo del segundo Camejo, despiértelo de la siesta que ha de estar haciendo y dígale que se presente sobreinmediatamente.

En tanto el sol trazaba su arco haciendo vibrar la soledad del pueblo, el capitán meditó cómo le iba a hurtar el cuerpo al bandido.

—A este segundo —murmuró en una de esas— un día le viá ser dormir la siesta colgao de una pata en el farol de la esquina pa que el pueblo vea cómo procede la autoridad...

Pasada una hora compareció el segundo, a quien la maledicencia

pública le había puesto Nariz de Pitanga porque la cantidad de licor brasileño que absorbía diariamente se la había puesto mora.

—Vea, segundo —habló el comisario—, tendría que decirle algo relacionao con el reglamento policial pero lo dejo pa otra ocasión pues hay un asunto más peludo pa tratar. Y acomódese pues lo que le viá comunicar es peor que rociada de trabuco.

Camejo comenzó a disipar la niebla en que venía envuelto.

—Escuche y escuche bien; y aguante el sogazo como varón: ha caído al pueblo el Gato Amarillo. No hace dos horas que manió el caballo en la pulpería del Mellao.

El segundo Camejo tenía, como todos los hombres tienen, sus fallas, entre ellas una sobresaliente: un inconmensurable amor a la caña y al naipe. Ante una botella caía en hondos éxtasis y frente a una baraja en fakíricos arrobamientos. Pero era hombre de acerado temple, dueño de un coraje tan grande como sereno. De ahí que el comisario, muchas veces, cuando tuvo que sancionarlo por tal o cual falta dejó de hacerlo, al recordar hechos [a los] que el valor de Camejo había puesto sello de legendarios.

—Ta bien, capitán —expresó el segundo—, es la primera vez que cái al pueblo esa visita. ¿Quiere que lo salude y se lo traiga y presiente? No tiene más que ordenar.

—¡Ya se lo estoy ordenando! Levante los milicos que necesite y proceda como le parezca.

—¿Así que usté no va dentrar en la comisión?

—¡Esa es cuenta de mi rosario, canejo!

El segundo conocía a fondo de qué pie rengueaba el comisario. Salió taconeando fuerte y sonriendo velado. Ganó el galpón del local policial, ordenó que le cebaran mate y comenzó a elaborar un plan.

—Dir con una retaguardia de milicos, no —pensaba—. Sería como querer levantar una lechiguana zapatiando un malambo. Dicen que el hombre ni mal siente ruido a corvos se desnortea del todo y es cuando fariñera en mano es como aspa de molino. No. Viá dir solo, sin quepi, sin chaquetilla y sin sable. De cevil y con mi puñal de despenar perros. Ande lo tope le doy voz de preso; y ande se resista lo bandeo.

Luego de aguachar bien la cebadura y rumiar mejor el asunto, punteó a su rancho. De allí salió, noche ya, calzando bota cortona, luciendo pantalón de cajetilla y un ponchito vichará que apenas disimulaba el largo puñal. Lentamente cruzó las calles del pueblo cuyo polvo aún ar-

día; y se arrimó a la pulpería del Mellao. Adentro ya, le dijo al pulpero:

—¿Sabés qué forastero cayó al pueblo? El Gato Amarillo. ¿Lo conocés?

—¡El Gato! ¡A él no, segundo, pero a sus mentas las sé mejor que un compuesto!

—¿Qué clientes tuviste hoy?

—Mire: todos conocidos a no ser un rubio, melena como viruta, y ojos vidriosos, como bochones de jugar a la bolita.

—¡Ese es el Gato, Mellao, el mesmo Gato! ¿Pa ande enderezó?

—Tomós dos giniebras compuestas, me preguntó por el rancho de la Ciriaca. Dijo que volvía en seguida a pagar el gasto. Cuando le hice saber que yo no le fiaba ni a mi mesmo agüelo se rió un poco, primero, y dispués me clavó los ojos. Contestó: por dos giniebras naides duda de hombre, don. Montó, sentí el trote del montao y entodavía tenía metido en la entraña el rejucilo de los ojos...

—Es el mesmo, sindudamente. Lo viá esperar. Que vuelve vuelve, no lo dudés, Mellao.

Sentóse Camejo y pidió una caña.

—¿Y usté se va topar con él, segundo?

—Es verdá.

—¿Y aquí mesmo? ¡Me funde la pulpería, segundo! En las pencas del Bajo Sucio, el Gato armó una trifulca, va pa un año, y la enramada ande se sacudió quedó patas arriba, la paja brava del techao desparramada como a diez cuadras, calcúlele...

—No tengo nada que calcular, Mellao. El gasto que se haga se te pagará. Podés poner en él las cañas que vaya tomando.

El Mellao dio con el alma en tierra.

Media hora pasada se encuadró en la puerta el Gato Amarillo. Acomodó la mirada a la penumbra que el farol de la pulpería hacía del ambiente, niebla de querosén filtrado por una mecha que no se alisaba nunca y un tubo que no se limpiaba jamás. En un rincón, el segundo Camejo.

—Güenas noches —dijo el Gato—, sírvame otra compuesta, pulpero.

—Güenas pa algunos —habló Camejo poniéndose de pie bruscamente—. La compostura te la viá dar yo, bandido. ¡Vos sos el Gato Amarillo, date preso!

—¿El que...?

Lo que ocurrió fue fulminante. Relampaguearon dos puñales, hubo un chispear de aceros. El bandolero, en un salto felino, puso espaldas

sobre una puerta ladera pues el segundo le había ganado la de la calle. En uno de los cuerpeos del duelo la que apuntalaba al Gato crujió, cedió el pasador que la trancaba, se abrió. Por ella pasó reculando el bandido y tras él Camejo multiplicando mandobles. Mudos ambos, fulgurante el mirar, apretados los dientes, se vieron en medio de un cuadro singular: ocho espectros, clavados los ojos en dos manos: una, que sostenía el mazo de un naipe; otra, haciendo patinar una figura sobre la baraja. De vez en cuando el tallador las inmovilizaba y de él salía un tenue murmullo:

—Tapen el cuatro, copen si son guapos...

El cuadro, para quien no fuera timbero, era sobrecogedor: aquellos fantasmas hieráticos, sumergidos en la profundidad terrible del juego, ajenos a todo, hasta sus propias vidas... Pero el segundo lo sintió grato y el Gato no menos, pues era hermano de aquel en la magia del monte. Ambos se sintieron suspendidos de aquellas manos embrujadas en tanto las armas homicidas comenzaron a humillarse ante el poderoso encantamiento del juego. Y otra vez el tallador desafiaba por la carta de la banca, que era un caballo teniendo un cuatro en contra. A Camejo de golpe la punteó en la memoria este cuarteto tahuresco: *Caballo y cuatro en porfía / dijo don Martín Sorondo / le gana el cuatro, aunque hondo / y abajo en contra judía.* Ya subyugado del todo gritó:

—¡Copo al cuatro!

Ganó el cuatro y en tanto el segundo levantaba la plata, incluso la del Gato que había seguido al caballo, el tallador dijo:

—Ahora banque usté, segundo.

Así fue. Al fin Camejo desplumó la rueda. Rezongando unos, maldiciendo otros, se fueron todos. Quedaron allí Camejo y el Gato, mesa por medio, mirándose. Hasta que habló la autoridad:

—Gato, tengo que prenderte y sé que eso no va ser cosa de gurises. Por lo tanto creo que sería mejor pa vos y pa mí lo que le viá proponer. Agarrá el mazo, andá barajando mientras yo salgo a vaciar la vejiga, poné dos cartas boca arriba. Yo copo. Si erro me voy con vos a seguir tu bandidaje; si acierto yo arreglaré pa meterte de milico en la polecía. Ese es el trillo a seguir pa bien de no quedar de finaos aquí mesmo.

—Ta bien —dijo el Gato.

Y en tanto Camejo salía, el bandido, que era zahorí de la baraja, la acomodó para poner un cuatro y un caballo sobre el tapete y el mazo acomodado para que ganara el caballo. Volvió el segundo, que calculó

muy bien la maniobra del Gato. Miró las cartas y copó al caballo. El Gato quedó un instante inmóvil, abismado ante aquel viraje que no esperaba.

—Pero...

—Corré las cartas, Gato, ¿qué tas esperando?

No tuvo otro remedio que tirar las cartas el bandido. A la tercera apareció el caballo. Rendido ante la fatalidad, caídos los brazos, flácidas las manos, murmuró:

—Pero, ¿y aquel versito, segundo?

—Es que hay otro pa turnarlo. Este: *Cuatro y caballo peliando / dijo don Pancho Mezquita / le gana el pingo cerquita / el cuatro queda boquiando.*

* * *

En la comisaría, luego de anunciado, el segundo se cuadró ante el comisario:

—Aquí ta el varón, capitán; no es gato ni amarillo, es hombre y rubio y quiere dentrar en la polecía. Y como el personal ta muy raliao...

Así fue como una vida cambió de rumbo.

EL GUARDIA CIVIL JUAN CACERES

Era aindiado, cortón, de ojos escondidos bajo apretadas pestañas, y veintiséis cerdas repartidas entre bigote y pera. La cola de una melenita lacia le besaba el cogote, nuca abajo. Lo único de cierta belleza que poseía eran los dientes, que los lucía blancos, grandes y parejos.

—Güenos dientes llevás, hermano —le dijeron cierta vez.

Y él:

—Pa lo que los menesto son herramientas muy superiores.

A los ocho años de cargar chaquetilla, bombacha con franja, y sable sonante, había hecho de su carrera ciencia y arte.

De la comisaría a unas dos leguas se alzaba, casi sobre el Paso de los Bagres, el rancherío Tacuruzal. En realidad aquellas viviendas eran poco más que taperas y poco menos que ranchos. Allí se hacía de todo —menos trabajar honestamente— entre la última luz de la tarde y la primera del amanecer. Allí pernoctaba Cáceres en la cueva de la Tica Barroso, mujer que le lavaba los mulambos y le concedía su cuerpo agrio una vez por semana. Cuando Juan volvía a la comisaría ocupaba su lugar en la cama y mesa el "capitán" Gabito, ser que vivía milagrosamente de un naipe cuyas figuras aparecían, también milagrosamente, por entre una pátina de sebo. Alguien le dijo a Cáceres en un encuentro.

—Mire, Cáceres, que el capitán se acuesta con su mujer...

—Ta equivocao, don —respondió—, yo me acuesto con la mujer del capitán. Y vea: pa polecía yo alcanzo y entodavía sobro.

De cuño personalísimo e inconfundible eran sus procedimientos. Una vez, por ejemplo, salió del Tacuruzal bastante desnorteado. La Tica había "compuesto" tres litros de caña que a Cáceres le parecieron la cúspide de la compostura. A medianoche salió del rancho de cincha floja, carona al revés y cojinillos atravesados. Sin embargo no había perdido el tino del todo. Puso rumbo a la Picada Sucia, lugar sombrío que conocía bastante. Era verano, allí cocinaría la tranca en paz. Llegó

a un abra, tiró los cueros sobre el pasto y él sobre los cueros. Y entró como en un delirio... hasta que se sintió golpeado duramente. Sangre e instinto de indio hicieron que reaccionara de inmediato; y como entre la media luz del amanecer viera encima de él un bulto y sintiera unos bufidos escalofriantes, se enderezó y dio libertad a un alarido que sacudió todo el monte del arroyo; y fue un ruidaje de carpinchos al agua, gritos de chajás, y de bichos despavoridos sorteando la espesura. Y ya sintió una voz aguda y angustiada:

—¡No me mate, don Cáceres!

Al lado de él, patas arriba, estaba el contrabandista Nacimiento Queirolo el que, habiendo pasado la picada y no viéndolo, le había echado la recua por arriba. Cáceres era un repentista, observó de soslayo los cargueros, se dio buena cuenta de la situación. Púsose de pie y habló:

—Te estaba aguaitando, lagarto sin yel, quebrador de leyes...

Queirolo pudo sentarse. Dijo:

—¡Ah, don Cáceres, no me levante el surtido! Vea que mantengo china y cuatro gurises...

—Sí, y también naipe y taba.

—Pa matizar lo hago, don Cáceres, que las negras hay que mesturarlas con las...

—Güeno, güeno, punto en boca. Lo viá hacer por la china y los gurises. Pero haceme el favor de apartarme cuatro quilos de porotos, cuatro de azúcar, cuatro de fariña, y unas diez rapaduras pa que se lo dejés de paso a la Tica diciéndole que ta pago tuito. Caña no le dejés aunque te pida porque aura le ha dao por hacer compuestos. Podés dirte, ¡y mirá que atrás de aquel ceibo tengo la tercerola!

Esta tercerola de Cáceres, de la que no se desprendía ni en situaciones como aquella del compuesto de la Tica, tenía sus mentas particulares y sonantes. En el curso de su existencia, Cáceres había hecho cinco disparos con ella; cada disparo fue un cataclismo. Citaremos uno de ellos. Un matrero famoso, el "Gato Rabón", copó una noche un despacho de pulpería, y trancada la puerta se resistía. Llegó Cáceres, metió el caño de la tercerola reja adentro, hizo jugar el monumental gatillo, y la cosa no dio para más. No mató a nadie; pero de adentro sacaron al pulpero, a cuatro clientes y al Gato Rabón hechos trapo y con los tímpanos rotos.

Bueno. Alboreando un día de diciembre llegó a la comisaría el negro Lesmes, peón de la estancia de Alejandrino Moraes, conocido en

ruedas murmuradoras por "el portugués Mandinga". Se trataba de un hacendado de gran fortuna, miserable y ruin; pero "guapo como las armas", y malo como mangangá que le tocan la tacuara. Era poderoso por su riqueza, pero odiado por ruin, pues hasta sus dos hijas, que con él vivían, más bien dicho morían en la estancia con la doble tristeza del hambre y de la prisión, vestían con paños que se deshilachaban de viejos. Llegó Lesmes, fue atendido por Cáceres.

—Traigo un parte muy peludo pal mayor, don Cáceres.

—El mayor marchó antiyer pal pueblo, por el dotor. Tuvo un ataque, el hígado se le sublevó. Yo soy el encargao de la comisaría, ¿qué hay?

—Lo que hay no es nada, don Cáceres; lo que hubo y lo que va haber es que es lo fiero...

—¡Güeno, dejate de tiemples y afines!

—Sucede que don Alejandrino nos tiene pasaos, dende las hijas hasta los piones. Si entodavía quedamos algunos es por querencia, por necesidá, y por apego a aquellas pobres niñas que ya no dan más de éticas; más que vivientes parecen estacas. La custión es que Viriato, mi primo, alguna noche carniaba un capón mientras el viejo roncaba, asina nosotros llenábamos las tripas con las que andábamos casi siempre con más viento que otra cosa. Pero antiyer el hombre descubrió el pastel y le dio una paliza a Viriato que pa dijunto le falta un jeme. Entonces tuitos, dende la casera Marica hasta las hijas, nos regolucionamos; y ayer, mientras el hombre dormía la siesta le cáimos arriba y lo reatamos a la cama. Allí ta pegando cada bramido que los perros ganaron el campo. Por eso me mandaron pa ver al mayor y pedirle si pué ponerle algún emplasto al mal... ¡Ay, don Cáceres, yo no güelvo allá, pobres de las mocitas, pobres de los piones...!

—¿Y vos creés que con lamentos...? Mirá: mientras yo ensebo la tercerola ensillá aquel moro que está en la soga.

Ya había corrido la mañana. Con sol y moscas llegaron a la casa de Moraes, Cáceres y el negro Lesmes. Se apeó ruidoso aquél y punteando la procesión de hijas y servidores entró en el dormitorio del miserable. El rostro de éste imponía pavor. Gritó:

—¡A ver, milico Cáceres, desáteme que con usté o sin usté, viá ser justicia en esta casa!

Cáceres, imperturbable, arrimó una silla petisa a la cama. Se sentó en ella, descansó el sable y terció la tercerola entre sus piernas. Luego

habló:

—Primero y prencipal: si güelve a levantar eso de milico le meto ese milico con tuita la carga de la tercerola buche adentro. Segundo y prencipal: el único que pué poner prima arriba el palabraje soy yo por ser autoridá. ¿Ha entendido?

—He entendido. ¡Suélteme aura!

—Sí, señor. Pero tiene que óirme primero. Pa su conocimiento le viá notificar lo que va por delante. El negro Viriato, pión suyo, carnió un capón sin su permiso, y usté lo descostilló de una tunda. Ni el negro debió robar ni usté descostillarlo. ¡El código pertinente dice que la ley castiga al que roba y castiga al que apalea! ¿Pa qué tamos las leyes, el superior gobierno, y yo que represiento tuito eso? ¿Usté ha escrebido alguna ley, es gobierno, es el guardia cevil Cáceres de la sesión correspondiente ande ta su estancia? Pero tuito eso es fariña de a cobre, como quien dice. Usté ha hecho y hace algo pior que lo dicho, y es lo que le viá notificar inmediatamente. Siendo dueño de nueve mil cuadras de campo que ya ni pasto tienen de tanto ganao que aguantan, y teniendo una burra que parece una carreta, de grande, atiborrada de cóndores y doblones, charquea una vez por mes, y de ese charque que mestura con algún poroto picao y con algunos pedazos de galleta como pa sacar chispas a un yesquero, de duras, tienen que vivir sus hijas y sus piones. Los perros se sostienen con las carnizas. Ni los ratones viven en esta casa, hasta las lechuzas pasan de largo por ella. ¡El único con estao aquí es usté, canejo! Y dígame una cosa: ¿pa qué amontona y quiere tanta tierra, tanta hacienda, y tanta plata? ¿Cree que va a seguir parando rodeo en el otro mundo y que allá las libras pesan? Si al menos juera dijunto antes que esas pobres hijas suyas, y ellas pudieran sacarle el jugo a tuito eso, vaya en paz.

"Pero al trote que van usté se va a quedar como cuervo viudo... ¿y pa qué? El fisco y alguno de letra menuda, que ni sabe cómo usté se llama, se van a comer muy orondamente tuito esto: lo que usté cuidó, el sudor de sus piones, las lágrimas de la finada su mujer, que se murió de pena, y las de sus hijas que ya tan medio idas del encierro y del hambre. ¡Mire, portugués Mandinga, bandido y perdulario, debía de jusilarlo yo mesmo en nombre de la ley y de los hombres!

Y se levantó transfigurado, Cáceres. De una patada apartó el corvo y alzó la tercerola. Y al mover el gatillo éste se levantó con un crujido tan imponente y siniestro que don Alejandrino, a pesar de que tenía

el hígado invulnerable, sintió que el terror le erizaba vellos, barba y melena. Las hijas del bandido y los peones no pudieron resistir esa acción tan trágica de Cáceres. Las mentas de la tercerola habían trastornado muchas veces el pago. Las mozas se abrazaron a la autoridad.

—¡No tire, don Cáceres; es un desalmado pero es nuestro padre!

Las sirvientas rompieron a llorar, los peones clamaron... Pasó por allí un soplo dramático. Pero el drama real, profundo y tocante lo sintió el estanciero ante aquella reacción del amor filial. Todo lo que había hecho sufrir en su casa se derrumbó ante la determinación de Cáceres, anunciadora de su muerte. Su pecho se alzó, sintió que el nudo de una emoción desconocida lo ahogaba, estalló en un sollozo tremendo...

Hoy la hacienda de don Alejandrino Moraes tiene un patio florido que está lleno de pájaros. Gritos y alborozo de niños... Y en una pared de la sala, bajo un retrato de Cáceres encuadrado en dorado marco está su tercerola; retrato y arma son símbolo de bondad, de sabiduría, y de justicia.

PENCA BRAVA

Indudablemente, Florentino Abascal era hombre despejado. En el trato diario, en fiestas de pencas o yerras, en alguna rueda de truco o monte sus expresiones, modos o tácticas le habían dado una aureola que muchos envidiaban.

—De haber nacido zorro —decía cierta vez un paisano— era el jefe de ellos.

Amargueando estaba una tarde en la puerta de su casa, cuando vio acercarse al comisario Cobián. Cambiaron saludos, la autoridad sentóse a su lado. Siguieron la rueda del mate. En una de esas el comisario dijo:

—Le ando pasando mano a un asunto de fruncido pa arriba. Por aura tuito se ha ido en tanteo.

—¿Se pué saber el asunto?

—Vea, don Florentino: se pué saber. Anda un bicho por el pago que cada tanto carnea y cada tanto cerdea, tuito por cuenta propia. Hoy por una estancia, mañana por otra, el abigeo lo va repartiendo muy superiormente.

—Dígame, comisario: ¿no ha encontrao ningún rastro?

—Sí señor: hay un pardo en el rancherío de Los Muertos, Celedonio Cancela, llamao por mal nombre Pirú... Le hemos andao pisando los talones, pero siempre se nos ha hecho humo.

—Lo conozco.

El hacendado quedó un momento pensativo. Luego habló:

—Hágale decir que venga a mi casa. Usté se queda unos días y en cuanto el hombre aparezca, del otro lao de la puerta usté le toma los puntos. Si los delitos son de él lo hago cáir o me borro el apelativo...

Tres días después a media mañana compareció Cancela. Muy humildemente pidió licencia para apearse. Abascal lo hizo pasar a la sala. Quedaron solos.

—Amigo Celedonio —comenzó el hacendado—, te he mandao llamar y te diré el porqué: tengo que hacer una tropa grande pal centro

y necesito hombres pal arreo. Y como te conozco campero me acordé de vos. Te pido que me veas cuatro o cinco pa lo mesmo. Son como dos mil reses, calculale. ¿Amargueás?

Sin esperar respuesta llamó a la sirvienta y le ordenó trajera caldera y mate.

—Y el botellón con la brasilera que ta en el aparador.

En tanto comenzaban a darle a la bombilla y vaso, Abascal fue comunicándole a Celedonio el rumbo de la tropa, la situación de la estancia donde sería entregada, el monto del negocio, etc.

—Va a ser un trabajo largo, amigo Celedonio, va mucho chúcaro...

Y de esa forma, menudeando datos y tragos, puso a punto al pardo. En una le dijo:

—Y a ver si entre los que va a conchabar no se mete uno que anda por áhi negociando muy sosegadamente reses y cerdas...

—¿Cómo, como?

—Hace pocos días me cayó el comesario Cobián a quejarse del trabajo que le andaba dando un viviente... ¡Muy delicao se ha puesto! ¿Por qué no deja que cada cual se lamba como pueda? ¿Qué merma le va a hacer a nengún estanciero un capón o una vaca, o cuatro yeguas cerdiadas? En más de un rodeo he visto reses ajenas, y capones ajenos en más de una majada. Ni un dedo he movido pa apartarlos. Algo mío andará por otros potreros y hasta aura naides se ha dao cuenta...

Y de esa forma, echándose el fardo encima —como quien dice— y repicando copas afrontó al otro, tanto que en una de esas gritó:

—¡Y es mesmamente ansina, don Florentino! ¡Quien lo ve al tal comesario tan delicao! ¿Por qué diantres no se mira la cola que la tiene como un lagarto? ¿Por qué no le copa uno de los surtidos a Nieves? Porque a Nieves, mientras va y viene cruzando la linia, le usa rancho y china muy orondamente. Y... vea don Florentino, pa cortar: ¡Yo soy el que carnea y cerdea...

Abrióse de golpe una puerta y por ella pasó, destellando ojos, el comisario Cobián.

—¡Date preso, pardo perdulario!

Pero no había contado que Celedonio, a quien el hablar criollo había bautizado de Pirú por el aire azonzado que lucía, con la confianza y el beberaje otorgados por el hacendado Abascal, había despertado su otra personalidad, que en ese momento estalló galvanizada.

Botó el pardo, pues, y se plantó en un rincón haciendo fortaleza

con dos sillas. Y dándose cuenta de la felonía tramada entre Abascal y Cobián, alzó su voz vibrando de ira:

—¿Preso? Si, viá dir preso, pero no llevao por vos, sotreta. Al pueblo viá llegar ande me presentaré al jefe al que le diré quien sos vos: de las coimiadas en timbas de monte y taba, de la sociedá que tenés con Nieves en cama y cargueros, del penche y mesa limpia que le hiciste a aquel turco mercachifle... Y también viá denunciar —aquí los ojos rutilantes se clavaron en el hacendado— a don Florentino Abascal: de la paliza que le dio a la negra Cirila Alcoba, que la dejó tullida de por vida, porque no quiso arreglarle una de las hijas; y el arreo que le hizo a don Juan Borche, que lo dejó como pa pedir limosna; y...

—¡Basta! —tronó el estanciero, puesto de pie bruscamente.

Un silencio profundo imponente cayó sobre los tres. Los ojos de Abascal iban de Cobián a Cancela y de Cancela a Cobián. También estos, estatuados, se observaban mutuamente. Y en tanto pasaba el tiempo y el silencio, cada vez más espeso —pues los hay así—, gravitaba sobre ellos, aquellos tres seres estuvieron calibrando sus respectivos delitos. Y Florentino Abascal y el comisario Cobián llegaron a la conclusión de que ellos habían corrido bien; pero el pardo Celedonio Cancela les había ganado por una cabeza. El hacendado habló sentándose muy suavemente en la silla:

—Siéntese, comesario, sentate Celedonio. Vamos a seguir la ronda de mate y caña.

Y dando un grito desaforado:

—¡A ver, Marica, trái el otro botellón de brasilera!

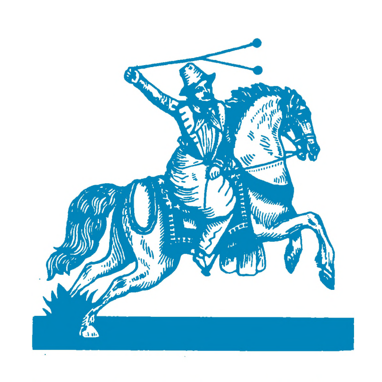
INDICE

Prólogo 7
El milico 15
El matrero 19
El comisario Lino Cabrera y el negro
Marcelino Meireles 23
El sargento 27
Los mellizos Fragoso 31
El parte del sargento Zacarías Crespo 37
El teléfono de la tercera 41
Sherlock Holmes criollo 45
El rapto 49
El Pirú Fleitas y la libertad 53
Renuncia del comisario Portela
y del cabo Lapuente 57
Una vida cambia de rumbo 61
El guardia civil Juan Cáceres 67
Penca brava 73

LECTORES DE BANDA ORIENTAL
COLECCION DE VENTA EXCLUSIVA A SUSCRIPTORES
Sexta Serie

1. RAFAEL COURTOISIE: El mar interior (cuentos)
2. ERACLIO ZEPEDA: Asalto nocturno
3. JACK LONDON: El inevitable hombre blanco
4. CARLOS DENIS MOLINA: Lloverá siempre (novela)
5. M. R. JAMES: El fresno y otros cuentos de fantasmas
6. J. C. DA ROSA: Juan de los desamparados
7. STEPHEN CRANE: La chalupa (cuentos)
8. CIRCE MAIA: Un viaje a Salto
9. NELSON FERREIRA: Las lámparas de fuego
10. LEONARDO ROSSIELLO: La sombra y su guerrero
11. JOSE MONEGAL: Cuentos de milicos y matreros
12. HENRY TRUJILLO: Torquator

Se terminó de imprimir en TRADINCO S.A.
en el mes de noviembre de 1993. D.L. 289.278/93
Esta edición está amparada por el Art. 79 Ley 13.349



lectores de banda oriental / sexta serie
EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL